

Guardando el corazón

Un punto de vista puritano de cómo mantener tu amor por Dios

por

John Flavel,

traducción por Manuel Bento Falcón

Published by Manuel Bento Falcón at Smashwords

Copyright 2017 Manuel Bento Falcón

Quisiera agradecer y dar la honra de este libro a mi Salvador, Jesucristo, sin el cual, no tendría ninguna esperanza en esta vida, ni mucho menos en la que está por venir

Tabla de contenidos

[Proverbios 4:23, explicación del texto](#)

[¿Qué es lo que implica y supone guardar el corazón?](#)

[Razones por las que los cristianos deben dedicarse a guardar el corazón](#)

[Tiempos que requieren un cuidado especial del corazón](#)

[1. El tiempo de prosperidad](#)

[2. El tiempo de adversidad](#)

[3. El tiempo en el que hay problemas en la iglesia](#)

[4. El tiempo de peligro y distracción pública](#)

[5. El tiempo de necesidades externas](#)

[6. El tiempo de reunirnos con Dios](#)

[7. El tiempo en que recibimos afrentas y abusos de los hombres](#)

[8. El tiempo de grandes pruebas](#)

[9. El tiempo de la tentación](#)

[10. El tiempo de duda y oscuridad espiritual](#)

[11. El tiempo de los sufrimientos por la fe](#)

[12. El tiempo de una enfermedad mortal](#)

[Consideraciones finales sobre la falta de cuidado del corazón](#)

[Un llamado a que la iglesia guarde el corazón](#)

[Acerca del autor: John Flavel](#)

Proverbios 4:23, explicación del texto

Proverbios 4:23

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida”.

El corazón del ser humano es su peor parte antes de ser regenerado, pero es la mejor después de la regeneración. Allí se asientan nuestros principios y la fuente de nuestros actos. El ojo de Dios está puesto sobre nuestro corazón, y también deberían estarlo nuestros propios ojos la mayoría del tiempo.

La mayor dificultad en la conversión es ganar el corazón para Dios, y la mayor dificultad después de la conversión es mantener el corazón con Dios. Es ahí donde yace la fuerza misma de la relación con Dios; es ahí donde el camino que lleva a la vida se vuelve angosto, y donde la puerta del cielo se vuelve estrecha. El objetivo de este versículo es darnos dirección y ayuda, y nos proporciona dos cosas:

Primero: Una exhortación: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón”.

Segundo: La razón o motivo para hacerlo: “Porque de él mana la vida”.

En la parte de exhortación consideraremos dos aspectos: *Primero* nuestro deber, y en *segundo lugar* la forma de cumplir con él.

Nuestro deber

Guarda tu corazón. El corazón que se menciona aquí no se refiere a la noble parte del cuerpo que los filósofos llaman “La primera que vive y la última que muere”, sino que se refiere al corazón como metáfora, lo que en las Escrituras a veces representa una facultad particular y noble del alma. En Romanos 1:21 se menciona al decir que su *neocio corazón*, es decir, su necio entendimiento, fue entenebrecido. Salmos 119:11 se refiere a la memoria cuando dice “En mi corazón he guardado tus dichos”, y 1 Juan 3:20 se refiere a la conciencia, que incluye tanto la luz del entendimiento como el reconocimiento de la memoria al decir: *Si nuestro corazón nos reprende*, es decir, *si nuestra conciencia*, cuyo oficio es reprender, nos reprende.

Pero en este versículo hemos de tomarlo de forma más general, como refiriéndose al alma al completo, al hombre interior. El alma es para el hombre lo que el corazón es para el cuerpo, y la santidad es para el alma lo que la buena salud es para el corazón. El estado de todo el cuerpo depende de la salud y vigor del corazón, y el estado eterno del hombre al completo depende de la buena o mala condición del alma.

Por “guardar el corazón” hemos de entender el uso *diligente y constante* de todos los medios santos que existen para preservar el alma del pecado, y mantener su dulce y libre comunión con Dios.

Decimos constante porque la razón que se da en el versículo extiende el deber de cuidar el corazón a todos los estados y condiciones de la vida cristiana, y hace que siempre sea obligatorio. Si el corazón debe guardarse porque de él fluyen todos los asuntos de la vida, entonces mientras esos asuntos de la vida sigan fluyendo de él, estaremos obligados a guardarlo.

Lavater compara el texto con una guarnición sitiada, acosada por muchos enemigos en el exterior, y con peligro de ser entregada desde dentro por los ciudadanos traicioneros que hay en ella. Los soldados tienen que vigilar este peligro, o sufrir el dolor de la muerte. Y aunque la expresión *guarda tu corazón* parece imponernos el trabajo a nosotros, no implica que seamos suficientes para hacerlo. Somos tan capaces de gobernar y ordenar nuestros corazones en nuestras propias fuerzas como lo seríamos de detener el sol en su órbita o de hacer que un río corriese en sentido contrario. Si pudiésemos hacerlo, también podríamos ser nuestros propios salvadores y guardadores, pero Salomón habla con propiedad cuando dice *guarda tu corazón*, porque el deber es nuestro, aunque el poder es de Dios. El poder que tengamos dependerá de la fuerza motivadora y ayudadora de Cristo. La gracia en nuestro interior depende de una gracia que no es nuestra, “Separados de mí, nada podéis hacer” (Juan 15:5). Hasta aquí es nuestro deber.

La forma de cumplir con nuestro deber

La forma de cumplir nuestro deber es *sobre toda cosa guardada*, es decir, con *toda diligencia*. El texto original hebreo es muy enfático: *guardar con todo lo que se pueda*, o, *guarda y guarda*, pon una guardia doble. Esta vehemencia con la que se insta a cumplir nuestro deber implica claramente lo difícil que es guardar nuestro corazón, lo peligroso que es descuidarlo.

El motivo para este deber es muy obligado y serio: “porque de él mana la vida”. El corazón es la fuente de todas las operaciones de la vida, es el resorte y el origen del bien y el mal, como el resorte de un reloj que pone todos los engranajes en movimiento. El corazón es el tesoro, las manos y la lengua son el escaparate. Lo que está en ellas viene del corazón, y las manos y la lengua siempre comienzan donde el corazón termina. El corazón trama, y los miembros lo ejecutan: “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:45). Por tanto, si el corazón se equivoca en su trabajo, los miembros se equivocarán en el suyo, porque los errores del corazón son como los errores de la primera mezcla, que no pueden rectificarse después, o como cometer un error al preparar las letras y sellos en una imprenta, que hacen que se produzcan muchas erratas en todas las copias que se imprimen. ¿Cuán importante es entonces el deber cuyo cumplimiento puede verse en las consecuencias?

La guarda y control del corazón en toda situación es una de las actividades principales en la vida de un cristiano

Un filósofo dijo que es difícil contener las aguas dentro de unos límites, y lo mismo se podría aplicar al corazón. Dios le ha puesto límite, pero ¿cuántas veces no traspasamos, no solo los límites de la gracia y de nuestra relación con Dios, sino incluso los límites de la razón y de la honestidad común y corriente? Esto justifica que nos esforcemos y estemos vigilantes hasta el día que muramos. No es tener limpias *las manos* lo que nos hace cristianos, porque los

hipócritas también pueden mostrar manos limpias, sino la vigilancia purificadora y el ordenamiento correcto del *corazón*. Esto es lo que produce tantas quejas tristes y cuesta tantos gemidos y lágrimas. Fue el orgullo del corazón de Ezequías el que lo hizo tumbarse en tierra, gimiendo ante el Señor (2 Crónicas 32:25-26)- Fue la hipocresía que invadía el corazón de David la que lo hizo clamar “Sea mi corazón íntegro en tus estatutos, Para que no sea yo avergonzado” (Salmos 119:80). Fue el sentir que su propio corazón se dividía y se distraía en el servicio de Dios lo que le hizo derramarse en oración diciendo: “Afirma mi corazón para que tema tu nombre” (Salmos 86:11).

El método que se propone para mejorar el cuidado de nuestro corazón es el siguiente:

Primero: Preguntarnos qué es lo que implica y supone guardar el corazón.

Segundo: Exponer distintas razones por las que los cristianos deben hacer de esto un asunto principal en sus vidas.

Tercero: Ver los momentos de nuestra vida que requieren que guardemos el corazón de forma especial.

Cuarto: Aplicar todo.

¿Qué es lo que implica y supone guardar el corazón?

Guardar el corazón necesariamente presupone una obra previa de regeneración, que ha puesto el corazón en orden y ha hecho que tenga una inclinación espiritual. Si el corazón no es puesto en un marco adecuado primero por la gracia, no hay medio que lo pueda mantener bien con Dios. El ego es el centro del corazón no regenerado, y es lo que lo inclina y lo motiva en todos sus planes y acciones. Mientras esto sea así, es imposible que ningún medio externo lo mantenga con Dios.

El ser humano en su estado original era un todo espiritual uniforme, puesto en un camino recto y bueno. Ningún pensamiento o facultad estaba desordenada: su mente tenía un conocimiento perfecto de los requisitos de Dios, su voluntad cumplía perfectamente con ellos. Todos sus apetitos y su potencial estaban en subordinación obediente.

Sin embargo, por su apostasía, el ser humano se ha convertido en una criatura rebelde que se opone a su Creador. Se opone a Dios como *primera causa*, al elegir la auto dependencia, se opone a Dios como el *mayor bien* al amarse a sí mismo, se opone a Dios como el *mayor Señor* al elegir su propia voluntad, y se opone a Dios como *fin último* al buscar su propio interés. Así pues, el ser humano camina en un desorden enorme, y todas sus acciones son irregulares.

Pero por la regeneración, el alma desordenada se endereza. Las Escrituras expresan este gran cambio como la renovación del alma a la imagen de Dios, en la cual la *auto dependencia* es eliminada por la fe, el *amor por uno mismo* por el amor de Dios, la *voluntad propia* por la sujeción y obediencia a la voluntad de Dios, y el *buscar lo nuestro* por el negarnos a nosotros mismos. El entendimiento entenebrecido es iluminado, la voluntad rebelde es dulcemente

sometida, y los apetitos insubordinados conquistados gradualmente. El alma que el pecado corrompió en todos sus aspectos, es restaurada por la gracia.

Si presuponemos todo esto, no será fácil entender en qué consiste guardar el corazón, que no es otra cosa que **el cuidado constante y diligente de un hombre renovado por preservar su alma en esa posición santa a la que le ha llevado la gracia**. Porque, aunque la gracia ha rectificado el alma en una gran medida, y le ha dado un temperamento habitualmente celestial, el pecado la vuelve a descomponer. Aun los corazones tocados por la gracia son como instrumentos musicales, que han de ser afinados de forma exacta, porque pequeñas cosas los pueden desafinar. Si los dejamos aparte por un tiempo, necesitarán ser afinados antes de poder tocar otra lección.

Si los corazones en gracia están en buena disposición para cierto deber, pueden estar torpes, insensibles y desordenados cuando se trata de otro distinto. Por tanto, cada obligación requiere una disposición particular del corazón. Job 11:13 “Si dispusieras tu corazón, y extendieras a él tus manos”, guardar el corazón es, entonces, guardarlo cuidadosamente del pecado que lo desordena, y mantener esa disposición espiritual que lo capacita para una vida de comunión con Dios. Esto incluye seis aspectos particulares:

1. Observar frecuentemente la disposición del corazón.

Las personas carnales y meramente formales no prestan atención a esto. No pueden comunicarse con sus propios corazones. Hay personas de cuarenta y cincuenta años que apenas han hablado una hora en total con sus propios corazones.

Es difícil conseguir que alguien se reúna consigo mismo y haga esto, pero las personas santas saben que estos soliloquios son muy saludables. Los paganos podrían decir: “El alma se hace sabia cuando se sienta en silencio”. Es como si al sufrir una bancarrota no se preocupasen por mirar el estado de sus cuentas. Pero un corazón íntegro sabe si está avanzando o retrocediendo. “Meditaba en mi corazón” (Salmos 77:6) dice David. No podremos guardar el corazón hasta que lo examinemos y entendamos.

2. Humillarse profundamente por las maldades y desorden del corazón.

Ezequías se humilló a sí mismo por el orgullo de su corazón. Como consecuencia se ordenó al pueblo abrir sus manos en oración a Dios, siendo conscientes de la enfermedad de sus propios corazones. Por esta misma razón muchos corazones íntegros se han postrado delante de Dios. “Oh, ¡qué corazón tengo!”. Los santos en su confesión apuntan al corazón, al lugar que duele: “*Señor, he aquí la herida*”.

Guardar bien el corazón es como guardar un ojo. Si un poco de polvo entra en el ojo, no parará de parpadear y lagrimear hasta que lo haya sacado. De la misma forma un corazón íntegro no puede descansar hasta que haya sacado fuera sus problemas y derramado sus quejas delante del Señor.

3. Suplicar fervorosamente y orar al instante pidiendo gracia para enderezar y purificar el corazón cuando el pecado lo ha contaminado

Salmos 19:12 “Líbrame de los [errores] que me son ocultos”, Salmos 86:11 “Afirma mi corazón para que tema tu nombre”. Los santos siempre han puesto peticiones como estas delante del trono de la gracia de Dios. Este es el motivo por el que más le ruegan. Cuando piden misericordias externas, sus corazones pueden estar más descuidados. Pero cuando se trata del corazón mismo, expanden su espíritu al máximo, llenan sus bocas de argumentos, lloran y hacen súplicas: “Oh ¡cómo me gustaría tener un mejor corazón! ¡Un corazón que amase más a Dios y odiase más el pecado, que me hiciese caminar mejor con Dios. ¡Señor, no me niegues un corazón así. Sin importar lo que me niegues, dame un corazón que te tema, que te ame y se deleite en ti si tengo que mendigar mi pan en lugares desiertos”.

Se dice de un conocido santo, que cuando estaba confesando pecados nunca dejaba de confesarse hasta que sentía quebrantamiento de corazón por ese pecado, y que cuando estaba orando por una misericordia espiritual, no paraba hasta que hubiese saboreado esa misericordia.

4. Imponerse un fuerte compromiso sobre uno mismo para caminar con Dios más cuidadosamente, y evitar las ocasiones en las que el corazón puede verse inducido a pecar.

Hacer votos deliberados y bien aconsejados es, en algunos casos, muy útil para guardar el corazón contra algún pecado en especial. “Hice pacto con mis ojos” dice Job (Job 31:1). Por este medio hombres santos han impactado sus almas y han evitado contaminarse.

5. Tener un celo santo y constante sobre nuestros corazones

Un celo rápido por uno mismo es algo que preserva muy bien del pecado. El que guarda su corazón debe tener despiertos los ojos del alma para ver surgir cualquier emoción desordenada y tumultuosa. Si sus emociones se desatan y se ve incitada a las pasiones, el alma debe descubrirlo a tiempo y eliminarlo antes de que vaya a más. “¿Haces bien en esto alma mía? ¿Dónde está tu compromiso?” Feliz es el hombre que teme siempre. Por este temor del Señor se apartan los hombres del mal, se sacuden la pereza, y se guardan de la iniquidad. El que guarda su corazón debe comer y beber con temor, regocijarse con temor, y pasar cada momento de su estancia en este mundo con temor. Todo es poco por guardar al corazón del pecado.

6. Ser conscientes de la presencia de Dios con nosotros, y poner al Señor siempre ante nosotros.

Muchos han visto que este es un medio poderoso para mantener rectos sus corazones, y hacer que teman el pecado. Cuando el ojo de nuestra fe mira el ojo de la omnisciencia de Dios, no nos atrevemos a dejar que nuestros pensamientos y emociones sean vanos. El santo Job no dejaba que su corazón se rindiese a pensamientos impuros y vanos. ¿Qué es lo que le daba motivación para una circunspección tan grande? Él nos dice en Job 31:4: “¿No ve él mis caminos, Y cuenta todos mis pasos?” En frases como esta las almas en gracia expresan el cuidado que tienen de sus corazones. Son cuidadosas de evitar que se desate la corrupción en tiempos de tentación. Son cuidadosas de preservar la dulzura y consuelo que tienen en Dios en cualquier deber. Este es el trabajo más difícil, constante e importante del cristianismo.

El trabajo sobre el corazón es realmente difícil. Realizar nuestros deberes espirituales con un espíritu descuidado y distraído no cuesta demasiado. Pero ponerse delante del Señor y sujetar los pensamientos vanos y dispersos a una atención fervorosa y constante sí que nos costará. Conseguir facilidad y destreza de lenguaje en oración y expresar lo que queremos decir en frases adecuadas y decentes es fácil, pero conseguir que el corazón se quebrante por el pecado al confesarlo, mezclado con la gracia mientras bendices a Dios por ella, sentirte de verdad avergonzado y humillado por aprehender la infinita santidad de Dios y mantener el corazón en ese estado, no solo en el momento, sino después, seguro que nos va a costar gemidos y dolor del alma. Reprimir los actos externos de pecado y componer el área externa de nuestra vida de manera encomiable no es una gran labor. Incluso las personas carnales, siguiendo los principios comunes, pueden hacerlo. Pero matar la raíz de corrupción dentro de nosotros, establecer y mantener un gobierno santo sobre nuestros pensamientos, y hacer que todas las cosas funcionen de manera correcta y ordenada en el corazón no es fácil.

Es también un trabajo constante. Guardar el corazón es una obra que nunca se termina hasta el final de la vida. No hay ningún momento o condición en la vida de un cristiano en el que se interrumpa este trabajo. Mantener la vigilancia sobre nuestros corazones es como cuando Moisés mantenía las manos arriba mientras los amalecitas y los israelitas luchaban (Éxodo 17:8-16). Tan pronto como las manos de Moisés se cansaban y bajaban, Amalec prevalecía. Ser intermitentes en la vigilancia de sus corazones costó a David y a Pedro muchos días y noches tristes.

Además es el asunto más importante de la vida cristiana. Sin esto no somos nada más que formalistas. Todas nuestras palabras, dones y deberes no significarán nada. Dios nos pide "Dame hijo mío, tu corazón" (Proverbios 23:26). A Dios le agrada llamar regalo a lo que en realidad es una deuda. Concede a sus criaturas el don de entregar el corazón, de recibirlo de ellas como si fuera un regalo. Pero si no le damos el corazón, no le importa lo demás que le demos.

Solo hay valor en lo que hacemos en la medida en que nuestro corazón está puesto en ello. Con respecto al corazón, Dios parece que dijese lo mismo que José dijo de Benjamín: "No veréis mi rostro si no traéis a vuestro hermano [Benjamín] con vosotros". Entre los paganos, cuando un animal se ofrecía como sacrificio, lo primero que el sacerdote miraba era el corazón, y si no era adecuado, el sacrificio era rechazado. Dios rechaza todos los deberes (por muy gloriosos que sean en otros aspectos) que se le ofrecen sin el corazón. El que realiza sus deberes sin el corazón, es decir, sin prestar atención, tiene la misma aceptación ante Dios que aquel que los realiza con un corazón doble, es decir, hipócritamente.

Razones por las que los cristianos deben dedicarse a guardar el corazón

1. La gloria de Dios está muy implicada

La maldad del corazón es algo que provoca mucho al Señor. Los eruditos observan correctamente que los pecados externos son “pecados de gran infamia”, pero los internos son “pecados de más profunda culpa”. ¡Cuán severamente ha declarado el gran Dios su ira desde el cielo contra la maldad del corazón!

El crimen por el que fue acusado el mundo antiguo fue la maldad del corazón. “Y vio que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5). Por esto Él envió el juicio más temible que se había infligido desde el principio de los tiempos. No encontramos que fuesen sus asesinatos, adulterios, o blasfemias, lo que se alegó contra ellos (aunque estaban contaminados por estas cosas), sino la maldad de su corazón.

Aquello que hizo que Dios se inclinase a abandonar su heredad particular en las manos del enemigo fue la maldad de sus corazones. “Lava tu corazón de maldad, oh Jerusalén, para que seas salva. ¿Hasta cuándo permitirás en medio de ti los pensamientos de iniquidad?” (Jeremías 4:14). Dios tomó nota particular de la maldad y vanidad de sus pensamientos, y a causa de esto los Caldeos vendrían sobre ellos: “El león sube de la espesura,... y ha salido de su lugar para poner tu tierra en desolación” (Jeremías 4:7).

Por el pecado de sus pensamientos es que Dios arrojó a tierra a los ángeles caídos y los guarda con “prisiones eternas” para el juicio del gran día (Judas 1:6). Mediante esta expresión se implica claramente algún tipo de juicio extraordinario para el que están reservados, ya que los prisioneros que tienen más cadenas sobre ellos son probablemente los malhechores más grandes. ¿Y cuál fue su pecado? la maldad espiritual.

Muchas de las maldades del corazón molestan tanto a Dios que Él rechaza con indignación las obras que algunos hombres realizan. “El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo” (Isaías 66:3). ¿En qué palabras podría expresarse más el aborrecimiento de un Dios santo por las acciones de una criatura? El asesinato y la idolatría no son peores en lo que a esto respecta que sus sacrificios, a pesar de que *materialmente* los ofrecen como Él dispuso. ¿Y qué es lo que hizo que sus sacrificios fuesen tan viles? Las palabras siguientes nos informan sobre esto: “su alma amó sus abominaciones”.

Es tal la maldad de los solos pecados del corazón, que las Escrituras a veces apuntan a la dificultad para perdonarlos. El corazón de Simón el mago no era correcto. Tenía pensamientos innobles sobre Dios y las cosas del mismo: El apóstol le ordenó “Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón”. ¡Las maldades del corazón nunca son poca cosa! Debido a ellas Dios es ofendido y provocado. Es por esta razón, que cada cristiano ha de guardar su corazón con toda diligencia.

2. La sinceridad de nuestra profesión de fe depende mucho del cuidado que tengamos guardando el corazón.

Una persona que no tiene cuidado del área de su corazón, es bastante probable que sea un hipócrita en su profesión cristiana, sin importar lo eminente que sea en el exterior.

Tenemos un ejemplo impactante de esto en la historia de Jehú. 2 Reyes 10:31 dice “Mas Jehú no cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel con todo su corazón”. El contexto nos informa del gran servicio realizado por Jehú contra la casa de Acab y Baal, y también la gran recompensa temporal dada por Dios por ese servicio, que alcanzó a sus descendientes hasta la cuarta generación, sentándose estos en el trono de Israel. Sin embargo en estas palabras es censurado como un hipócrita: Aunque Dios aprobó y recompensó la obra, aborreció y rechazó a la persona que lo hizo por ser hipócrita.

¿Dónde vemos la hipocresía de Jehú? En que no se preocupó de andar en los caminos del Señor con su corazón. Es decir, todo lo hizo de manera poco sincera, y por motivos egoístas: y aunque la obra que hizo fue *materialmente* buena, al no purgar su corazón de esas inclinaciones egoístas mientras las realizaba, se convirtió en un hipócrita. Y aunque Simón parecía una persona a la que el apóstol normalmente no podría rechazar, su hipocresía fue descubierta rápidamente. A pesar de mostrar piedad y apegarse a los discípulos, mortificar los pecados del corazón era algo extraño para él. “Tu corazón no es recto delante de Dios” (Hechos 8:21).

Es cierto que hay una gran diferencia entre los cristianos en cuanto a su diligencia y destreza en lo que respecta al cuidado del corazón. Algunos conversan más con él, y tienen más éxito que otros. Pero el que no presta atención a su corazón y no tiene *cuidado* de ponerlo bien ante Dios, no es otra cosa que un hipócrita. Ezequiel 33:31 dice “Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia”. He aquí una compañía de hipócritas formales, como se evidencia de la expresión *como pueblo mío*, como si fueran, pero no lo son. ¿Y qué los hizo ser así? Su exterior estaba bien. Había posturas reverentes, palabras elevadas, aparente deleite en los mandamientos “tú eres a ellos como cantor de amores” (Ezequiel 33:32), sí, pero en todo ello sus corazones no estaban con Dios, sino dirigidos por sus propios deseos. Iban tras su propia codicia. Si hubiesen guardado sus corazones con Dios, todo habría ido bien. Pero al no importarles en qué dirección iba su corazón cuando estaban cumpliendo con sus deberes, pusieron la semilla de su hipocresía.

Si algún alma recta deduce al leer esto que “soy un hipócrita también, porque muchas veces mi corazón se aparta de Dios en mis deberes; hago lo que puedo, pero no soy capaz de mantener mi corazón cerca de Dios”, le diría que la solución está en esas mismas palabras. Si dices “hago lo que puedo, pero aun así no puedo mantener mi corazón con Dios”, si verdaderamente haces lo que puedes, tienes la bendición de alguien recto, a pesar de que Dios considere adecuado ejercitarte mediante la aflicción de un corazón descompuesto.

En los pensamientos y fantasías de las mejores personas sigue existiendo algo de descontrol para mantenerlas humildes. Pero si se preocupan de evitarlo y de ejercer oposición cuando estos pensamientos aparecen, y se lamentan después de que lo hacen, ya es suficiente para decir que en ellos no reina la

hipocresía. Esta preocupación se distingue en parte en colocar la palabra en el corazón para evitar estos pensamientos “En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti” (Salmos 119:11). También en los esfuerzos por hacer que el corazón se conecte con Dios y en pedir la gracia de Dios para evitarlo al comenzar con los deberes. Es un buen síntoma el ejercitar tal precaución, y es evidencia de rectitud oponerse a estos pecados tan pronto se levantan. “Odio los pensamientos vanos”. “El Espíritu es contra la carne”. La tristeza revela la rectitud del corazón.

Si, como Ezequías, nos sentimos humillados por la maldad de nuestro corazón, no tenemos razón por ello para cuestionar su integridad. Pero si permitimos que el pecado se instale silenciosamente en el corazón, y dejamos que el corazón se aleje de Dios habitualmente y sin control, es un síntoma verdaderamente peligroso y triste.

3. La belleza de nuestras palabras nace de la disposición divina de nuestros espíritus.

Hay una hermosura y lustre espiritual en la forma de hablar de los santos. Los santos brillan como luces del mundo, pero cualquier hermosura y lustre que haya en sus vidas proviene de la excelencia de sus espíritus, tal como la vela pone el brillo en la linterna en la que brilla. Es imposible que un corazón desordenado y descuidado produzca una conversación bien ordenada. Y como la vida mana del corazón como una fuente, es lógico que tal como es el corazón, así será la vida.

De ahí que 1 Pedro 2:12 diga: “abstenéos de los deseos carnales ... manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles”, buena o hermosa, como la palabra griega implica. Del mismo modo Isaías 55:7 “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos”. *Su camino*, indica el rumbo de su vida, *sus pensamientos*, muestra la disposición de su corazón. Y como el rumbo de su vida fluye de sus pensamientos o disposición del corazón, no se puede tener el uno sin el otro.

El corazón es la fuente de todos los actos, y estos actos están virtual y radicalmente contenidos en nuestros pensamientos; estos pensamientos una vez se convierten en afectos, se tornan rápidamente en acciones. Si el corazón es malo, entonces, como dice Cristo “del corazón proceden los malos pensamientos y homicidios” (Marcos 7:21). Notemos el orden: primero son los pensamientos oscuros y llenos de rencor, luego son las prácticas u homicidios.

Y si el corazón es santo, entonces sucede como con David: “Rebosa mi corazón palabra buena; Dirijo al rey mi canto; Mi lengua es pluma de escribiente muy ligero” (Salmos 45:1). Este es el ejemplo de una vida hermoseedada con buenas obras. Algunas ya hechas, otras por hacer (*Rebosa mi corazón*) ambas proceden de una disposición divina de su corazón.

Si disponemos el corazón correctamente, la vida rápidamente lo mostrará. Por los actos y conversación de los cristianos no es difícil discernir en que disposición se encuentran sus espíritus. Tomemos a un cristiano en buena disposición y veremos lo serias, celestiales y aprovechables que serán su conversación y sus obras de fe. ¡Qué agradable compañero será mientras esto continúe! Hará bien al corazón de cualquiera el estar con él en tales

momentos. Salmos 37:30 “La boca del justo habla sabiduría, Y su lengua habla justicia. La ley de su Dios está en su corazón”. Cuando el corazón está levantado hacia Dios y lleno de Dios, incita diestramente a palabras espirituales, mejorando y sacando ventaja de cada situación para algún propósito divino. Pocas palabras se desperdician.

Y ¿cuál es la razón de que las palabras y actos de tantos cristianos se hayan vuelto tan vacíos y poco aprovechables, y que su comunión con Dios y con otros cristianos se haya secado, sino el hecho de que hayan descuidado sus corazones? Seguro esta es la razón de ello, y es un mal por el que hay que lamentar grandemente. De esta forma, la belleza que debería resplandecer de la conversación de los creyentes hacia los rostros y las conciencias del mundo y atraerlo (que, si no los atrae y los enamora del camino de Dios, al menos deja testimonio en su conciencia de la excelencia de estos hombres y su caminar), se pierde en gran medida para el inexpresable detrimento de la fe.

Hubo un tiempo en el que los cristianos se comportaban de tal manera que el mundo se detenía a mirarlos. Su vida y lenguaje estaba hecho de una fibra diferente a la de otros. Sus lenguas revelaban que eran *galileos* en cualquier lugar al que fuesen. Pero ahora, como hay tantas especulaciones vanas y han surgido tantas controversias infructuosas, el trabajar el corazón y la piedad práctica se ha descuidado tanto entre los que dicen ser creyentes que la situación, tristemente, ha cambiado. Su manera de hablar se ha vuelto como la de otros hombres, y si viniesen entre nosotros podrían “escucharnos hablar en su propia lengua”. Y tengo pocas esperanzas de ver que este mal se corrige y que el prestigio del cristianismo sea reparado hasta que los cristianos hagan sus primeras obras, hasta que se apliquen de nuevo a trabajar el corazón. Cuando la sal del pensamiento centrado en el cielo se aplique a la fuente, las corrientes serán más limpias y más dulces.

4. El consuelo de nuestras almas depende mucho de guardar nuestros corazones

El que es negligente al atender su propio corazón normalmente es un gran extraño a su seguridad de salvación y a los consuelos que proceden de ella. De hecho, si la doctrina antinomiana fuese cierta, que nos enseña a rechazar todas las marcas y signos de nuestro estado, diciéndonos que es el Espíritu el que inmediatamente nos da seguridad dando testimonio de nuestra adopción directamente *sin esas marcas*, entonces podríamos descuidar nuestros corazones. Podríamos ser extraños para nuestros corazones sin ser extraños a nuestro consuelo. Pero como las Escrituras y la experiencia nos refutan esto, espero que nunca busquemos consuelo de maneras no bíblicas.

No niego que es la obra y oficio del Espíritu el darnos seguridad, sin embargo puedo afirmar con confianza que si alguna vez obtenemos seguridad de la forma ordinaria en que Dios la dispensa, es porque hemos hecho esfuerzo sobre nuestros corazones.

Podemos *esperar* que el consuelo llegue de manera *más fácil*, pero si alguna vez lo *disfrutamos* de otra forma, estoy equivocado. *Sobre toda cosa guardada y probaos a vosotros mismos*, este es el método de las Escrituras.

Un distinguido escritor, en su tratado sobre el pacto, nos cuenta que conocía a un cristiano que, cuando era un niño espiritual, gemía con tanta vehemencia

buscando la seguridad infalible del amor de Dios que, durante mucho tiempo deseaba fervientemente oír una voz del cielo. A veces, caminando en los campos a solas, deseaba con ansias alguna voz milagrosa de los árboles y las piedras. Esto le fue negado después de muchos deseos y anhelos. Pero, a su tiempo, algo mejor le fue concedido en la manera ordinaria de escudriñar la palabra y su propio corazón.

Una persona culta nos da otro ejemplo similar de alguien que estaba siendo llevado por la tentación a los límites de la desesperación. Finalmente, al conseguir estar establecido y asegurado, alguien le preguntó cómo lo había conseguido, y él respondió: "No fue por una revelación extraordinaria, sino sujetando mi entendimiento a las Escrituras y comparando mi corazón con ellas".

El Espíritu nos asegura desde luego, testificando de nuestra adopción. Y testifica de dos maneras. Una es objetiva, produciendo aquellas gracias de nuestra alma que son la condición de la promesa. De esa forma el Espíritu y las gracias en nosotros son una: El espíritu de Dios habitando en nosotros es una marca de nuestra adopción. Ahora bien, el Espíritu puede ser discernido por sus operaciones en lugar de por su esencia. Discernir estas acciones es discernir el Espíritu, y no puedo imaginar cómo discernirlas sin una búsqueda y vigilancia diligente en el corazón.

La otra forma en que el Espíritu da testimonio es efectiva, es decir, irradiando el alma con una gracia que descubre la luz, resplandeciendo sobre su propia obra, y esto en el orden natural de las cosas, sigue al trabajo anterior: primero infunde la gracia, y luego abre los ojos del alma para verla. Como el corazón es el sujeto de esa gracia, incluso este testimonio del Espíritu incluye la necesidad de guardar con cuidado nuestros corazones, ya que un corazón descuidado está tan confuso y oscurecido que la poca gracia que hay en él normalmente no puede discernirse. Los cristianos más precisos y laboriosos a veces encuentran difícil descubrir la obra pura y genuina del Espíritu en sus corazones. ¿Cómo podrá entonces el cristiano que es negligente en trabajar su corazón ser capaz de descubrir la gracia?

La sinceridad, que es lo que se busca, yace en el corazón como una pequeña pieza de oro en el fondo de un río. El que la encuentra ha de quedarse hasta que el agua es clara, y entonces la verá resplandecer en el fondo. Para que el corazón esté claro y asentado, ¡cuántos dolores, vigilancia, cuidado y diligencia se requieren!

Dios normalmente no da a las almas negligentes el consuelo de la seguridad, Él no parece avalar la pereza y el descuido. Él da seguridad, pero según su forma. Su mandato ha unido nuestro cuidado y nuestro consuelo. Están equivocados los que piensan que la seguridad puede obtenerse sin trabajo.

¡Cuántas horas solitarias ha pasado el pueblo de Dios examinando su corazón!
¡Cuántas veces han mirado la Palabra y luego sus corazones! En ocasiones pensaron haber descubierto sinceridad, y estaban incluso listos para extraer la conclusión triunfante de su seguridad, para luego aparecer una duda que no podían resolver y destruirla por completo. Muchas esperanzas, temores, dudas y razonamientos han tenido en su pecho antes de llegar a un cómodo reposo.

Pero supongamos que es posible que un cristiano descuidado pueda lograr la seguridad. Aun así sería imposible para él retenerla por mucho tiempo, porque hay una posibilidad entre mil de que alguien cuyo corazón está lleno del gozo de la seguridad retenga mucho tiempo ese gozo, a menos que se emplee un cuidado extraordinario. Un poco de orgullo, vanidad o descuido destruirá en pedazos todo por lo que ha pasado tanto tiempo trabajando en tan cansada labor.

Como el gozo de nuestra vida y el consuelo de nuestra alma se elevan y caen con nuestra diligencia en este trabajo, guardemos el corazón sobre toda cosa guardada.

5. La mejora de nuestras gracias depende de guardar nuestros corazones

Nunca he sabido de una gracia que crezca en un alma descuidada. Los hábitos y las raíces de la gracia están plantadas en el corazón, y cuanto más profundamente plantadas están, más floreciente es la gracia. En Efesios 3:17 leemos sobre estar “arraigados” en la gracia; la gracia en el corazón es la raíz de cada palabra llena de gracia en la boca, y de cada obra santa en las manos. Es verdad, Cristo es la raíz de un cristiano. Pero Cristo es la raíz que da origen, y la gracia es la raíz originada, plantada e influenciada por Cristo; y según esta crece bajo la influencia divina, los actos de gracia son más o menos fructíferos o vigorosos.

Ahora bien, si el corazón no se guarda con cuidado y diligencia, estas influencias fructíferas se detienen y son cortadas. Multitud de vanidades caen sobre ellas y devoran su fuerza. El corazón es, por así decirlo, el recinto en el que multitud de pensamientos se alimentan cada día. Un corazón en gracia guarda diligentemente y alimenta muchos pensamientos sobre Dios en un día. “¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero, se multiplican más que la arena; Despierto, y aún estoy contigo” (Salmos 139:17-18) Conforme el corazón los alimenta, estos se renuevan y alegran el corazón. “Como de meollo y de grosura será saciada mi alma, Y con labios de júbilo te alabaré mi boca” (Salmos 63:5).

Pero en el corazón descuidado multitud de pensamientos vanos y necios trabajan continuamente y dejan de lado los pensamientos espirituales sobre Dios en los cuales el alma debería refrescarse. Además, el corazón descuidado no saca provecho de ningún deber u ordenanza que realiza o a la que asiste, aunque estas sean los conductos del cielo por los que se derrama la gracia y esta produce su fruto. Una persona puede ir con un espíritu falto de atención de una ordenanza a otra, ponerse todos los días bajo la mejor enseñanza, y nunca mejorar a causa de ello, porque un corazón descuidado es como una fuga en el fondo de un cubo, no habrá influencias celestiales, por ricas que estas sean, que puedan permanecer en un alma como esa.

Cuando la semilla cae sobre el corazón que es común y está abierto como una calzada libre para todos los viajeros, los cuervos vienen y la devoran. ¡No! No basta con oír a menos que cuidemos como oímos; una persona puede orar y nunca mejorar a menos que sea vigilante en la oración. En una palabra, todos los medios son bendecidos para mejorar la gracia, según el cuidado y lo estrictos que seamos en guardar nuestros corazones en los mismos.

6. La estabilidad de nuestras almas en tiempo de tentación depende del cuidado que ejerzamos al guardar nuestros corazones

El corazón descuidado es una presa fácil para Satanás en el auge de la tentación. Sus principales ataques se levantan contra el corazón. Si logra ganar el corazón, lo gana todo, porque este es el que dirige al hombre entero. Y ¡Cuán fácil conquista es un corazón descuidado! Sorprender un corazón así no es más difícil que el hecho de que un enemigo entre en una ciudad cuyas puertas están abiertas y sin guardia. Es el corazón vigilante el que descubre y suprime la tentación antes de que se haga fuerte.

Los estudiosos observan que este es el método por el que las tentaciones maduran y llegan a tener toda su fuerza. Está la excitación que produce el objeto, o el poder que tiene para provocar nuestra naturaleza corrupta; esto se produce por la presencia física del objeto o por la especulación cuando el objeto (aun estando ausente) se sostiene frente a nuestra alma mediante la imaginación. Luego sigue el movimiento del apetito producido por el engaño que lo representa como un bien sensual. Después la mente reflexiona sobre los mejores medios para conseguirlo. Lo siguiente es la decisión, o la elección de la voluntad, y, por último, el deseo o el pleno involucramiento de la voluntad con ello. Todo esto puede suceder en un breve instante, ya que los movimientos del alma comienzan y terminan rápido. Cuando se llega así de lejos, el corazón ya ha sido ganado. Satanás ha entrado victorioso y colocado sus insignias sobre las paredes del fuerte real. Pero si el corazón se hubiese guardado al principio, nunca se habría llegado a esto. La tentación hubiese sido detenida en el primer o segundo acto.

Y, de hecho, en esos primeros actos se detiene fácilmente, ya que, con el movimiento de un alma tentada a pecar, sucede como con una roca cayendo por una colina: se la detiene fácil al principio, pero una vez que se pone en marcha, va adquiriendo fuerza en el descenso. Por tanto, lo más sabio es vigilar los primeros movimientos del corazón para detectar y detener el pecado allí. Estos movimientos de pecado son débiles al principio. Un poco de cuidado y vigilancia pueden prevenir muchos males. Pero el corazón descuidado, al no prestar atención a esto, entra en el poder de la tentación como los sirios entraron ciegos en medio de Samaria antes de que supiesen que estaban allí.

Tiempos que requieren un cuidado especial del corazón

Espero que estas consideraciones convencen a mis lectores de que es importante guardar el corazón con toda diligencia. Procedo en tercer lugar a considerar esas temporadas especiales en la vida de un cristiano que requieren nuestra mayor diligencia en el cuidado del corazón, aunque (como se observó antes) el deber siempre nos obliga y no hay momento o condición de la vida en que podamos excusarnos de esta obra; sin embargo, hay temporadas señaladas, horas críticas que requieren una mayor vigilancia sobre el corazón.

1. El tiempo de prosperidad

Cuando la providencia nos sonríe. En ese tiempo, cristiano, guarda tu coraz3n sobre toda cosa, porque estar  muy inclinado a crecer en seguridad en sí mismo, en orgullo, y en volverse terrenal. Bernard dice: "Ver a un hombre humilde en tiempo de prosperidad, es una de las mayores rarezas del mundo".

Incluso el buen Ezequías no pudo ocultar un temperamento vanaglorioso cuando lleg3 su tentaci3n, de ahí que se advirtiese a Israel: "Cuando el Señor tu Dios te haya introducido en la tierra que jur3 a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que t  no edificaste, y casas llenas de todo bien, que t  no llenaste, y cisternas cavadas que t  no cavaste, viñas y olivares que no plantaste, y luego que comas y te sacies, cu date de no olvidarte del Señor" (Deuteronomio 6:10-12). Y así sucedi3 porque "engord3 Jesur n, y tir3 coces" (Deuteronomio 32:15).

 C3mo puede entonces el cristiano guardar su coraz3n del orgullo y la seguridad carnal cuando la providencia le sonríe y confluyen las comodidades creadas por el hombre? Hay varias ayudas para asegurar el coraz3n frente a las peligrosas trampas de la prosperidad.

En primer lugar, pensemos en las cautivadoras tentaciones que vienen con una condici3n pr3spera y agradable. Son pocos, muy pocos los que viviendo en los placeres de este mundo escapan a la perdi3n eterna. Cristo dice (Mateo 19:24) "es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios", "Ni muchos poderosos, ni muchos nobles [son llamados]" (1 Corintios 1:26).

Tenemos una buena raz3n para temblar cuando las Escrituras nos dicen que, en general, pocos son salvos. Mucho más cuando nos dicen que de ese grupo en el que estamos, pocos serán salvos. Cuando Josué llam3 a las tribus de Israel a que echaran suertes para descubrir a Ac n (Josué 7), no hay duda de que él temi3. Cuando se eligi3 a la tribu de Judá, su temor aument3. Pero cuando la familia de los de Zera fue elegida, lleg3 la hora de temblar. Del mismo modo cuando las Escrituras llegan a decirnos que de las personas de tal clase muy pocos van a escapar, es hora de alarmarse.

Cris3stomo dice: "Me pregunto si alguno de los *gobnantes* se salvar ".  Oh cuántos han sido dirigidos al infierno en los carros de los placeres terrenales, mientras que otros han entrado a golpes en el cielo por la vara de la aflicci3n!  Que pocos llegan a Cristo con presentes, como las hijas de Tiro! (Salmos 45:12)  Qu  pocos de entre los ricos ruegan por su favor!

En segundo lugar, nos puede ayudar a ser más vigilantes y humildes en tiempo de prosperidad el considerar que, entre los cristianos, muchos han sido peores por tenerla.

 Cu n bueno hubiese sido para algunos de ellos si nunca hubiesen conocido la prosperidad! Cuando nacieron en una condici3n baja, cuán humildes, espirituales y celestiales eran. Pero al prosperar,  que alteraci3n cay3 sobre sus espíritus! Así sucedi3 con Israel. Cuando estuvieron en una baja condici3n en el desierto, eran "santidad al Señor". Pero al entrar en Canaán y ser alimentados ricamente el lenguaje fue: "somos libres; nunca más vendremos a ti" (Jeremías 2:31).

Las ganancias externas normalmente se logran con pérdidas internas; así como en una condición humilde sus empleos civiles acostumbraban a tener un cierto sabor a sus deberes religiosos, en una condición exaltada sus deberes normalmente tenían sabor a mundo. Aquel cuyas gracias no son obstaculizadas por sus riquezas, es en verdad rico en gracia. En el mundo hay pocos Josafats, de quien se decía “tuvo riquezas y gloria en abundancia. Y se animó su corazón en los caminos del Señor” (2 Crónicas 17:5-6)

¿No mantendrá nuestros corazones humildes en la prosperidad el pensar en cuánto han pagado muchos hombres piadosos por sus riquezas, que por ellas han perdido aquello que todo el mundo no puede comprar?

En tercer lugar mantengamos humilde nuestro vano corazón con esta consideración: Dios no valora a ningún hombre más por estas cosas. Dios no valora a ningún hombre más por sus excelencias externas, sino por las gracias internas que posee; estas son los adornos internos del Espíritu, que son de gran valor a ojos de Dios. Dios menosprecia la gloria del mundo, y no acepta a nadie por ser una gran personalidad, “sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:35).

Si el juicio de Dios fuese igual que el del hombre, podríamos valorarnos por esas cosas y afirmarnos sobre ellas. Pero solo somos algo si lo somos según el juicio de Dios. ¿No se mantendrá humilde mi corazón y dejará de vanagloriarse si considero esto?

En cuarto lugar ¿cuántas personas al borde de la muerte han lamentado su necedad al poner su corazón en estas cosas, y han deseado no haberlas conocido nunca? Que terrible fue la situación de Pío Quinto, que murió gritando de desesperación: “Cuando era de baja condición tenía alguna esperanza de salvación, cuando llegué a ser cardenal, comencé a dudar mucho; pero después de llegar al papado, no tengo esperanza alguna”.

Otro autor también nos cuenta la triste historia real de un rico opresor, que había amasado una gran fortuna para su único hijo. Cuando iba a morir, llamó a su hijo y le dijo: “Hijo, ¿en verdad me amas?” El hijo respondió que: “la naturaleza así como su indulgencia paternal le obligaban a ello”. “Entonces (dijo el padre) exprésalo en esto: mantén tu dedo en la llama de una vela mientras digo una oración”. El hijo lo intentó, pero no pudo soportarlo. Al verlo, el padre prorrumpió en esta expresión: “No pudiste soportar quemarte un dedo por mí, pero para conseguirte esta riqueza he puesto mi alma en angustia y mi alma y cuerpo deben arder en el infierno por ti. Tu dolor hubiese sido por un momento, pero los míos serán una llama que nunca cese”.

En quinto lugar el corazón puede mantenerse humilde al considerar la naturaleza obstructora que tienen las cosas terrenales sobre un alma que de todo corazón está dedicada al camino hacia el cielo. Nos cierran mucho del cielo en el presente, aunque puedan no cerrarnos el cielo al final.

Si nos consideramos peregrinos en este mundo, y de camino al cielo, tenemos tanta razón para deleitarnos en estas cosas como un caballo la tiene para deleitarse por una pesada carga. En el desprecio atea de Juliano había una seria verdad. Cuando arrebatava sus fortunas a los cristianos les decía: “Esto es para que estéis más preparados para el reino de los cielos”.

En sexto lugar, ¿es nuestro espíritu todavía vano y elevado? Entonces hagámosle considerar el día en que se hará recuento, ese día en el que se nos hará recuento de todas las misericordias que hemos recibido. Creo que esto debería asombrar y humillar al corazón más vano que haya jamás habitado el pecho de un santo.

Podemos tener por cierto que el Señor registra todas las misericordias que nos ha concedido, desde el comienzo hasta el fin de nuestras vidas. “Pueblo mío, acuérdate ahora desde Shittim hasta Gilgal” (Miqueas 6:5). Sí, son enumeradas y registradas en orden en una cuenta, y: “a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lucas 12:48). No somos más que administradores, y nuestro Señor vendrá a tomar cuentas de nosotros, y ¡cuán gran cuenta hemos de hacer, cuando tenemos tanto de este mundo en nuestras manos! Qué gran testigo serán nuestras misericordias contra nosotros, si tenemos un pobre fruto de ellas.

En séptimo lugar, una reflexión que nos hace sentir humildes es considerar que las misericordias de Dios obran sobre nuestro espíritu de forma distinta a lo que lo hacen sobre el espíritu de otros, en los cuales se convirtieron en misericordias santificadas del amor de Dios. ¡Oh, Señor! ¡Qué triste es pensar en esto! Es suficiente para hacernos tumbar en el polvo cuando consideramos que esas mismas misericordias hicieron más humildes a otros. Cuanto más los elevó Dios, más se humillaban ellos ante Él.

Así fue con Jacob cuando Dios le dio tanto: “menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos” (Génesis 32:10). También fue así con el santo David. Cuando Dios le hubo confirmado la promesa de construirle una casa y no rechazarlo como hizo con Saúl, él se pone delante del Señor y le dice: “¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí?” Ciertamente, así lo requería Dios. Cuando Israel le trajo los primeros frutos de Canaán, ellos debían decir: “Un arameo a punto de perecer fue mi padre” (Deuteronomio 26:5).

¿No exaltan otros a Dios cuando Dios los levanta a ellos? Y cuando Dios nos levanta a nosotros ¿Habremos de abusar más de Él y exaltarnos a nosotros mismos? ¡Cuán impía es una conducta como esa!

Otros han sido capaces de dar crédito a Dios por toda la gloria de lo que disfrutan, sin engrandecerse ellos mismos, sino a Dios, por sus misericordias. Así dice David: “Que sea engrandecido tu nombre para siempre, ... y que la casa de tu siervo sea firme delante de ti” (2 Samuel 7:26) Él no devora la misericordia que le ha dado el Señor y le succiona toda su dulzura sin mirar más allá de su propia comodidad. No, él solo se preocupa de la misericordia recibida salvo en el hecho de que Dios sea magnificado en ella. De igual manera cuando Dios lo ha librado de todos sus enemigos dice: “Mi fortaleza y mi cántico es el Señor, Y él me ha sido por salvación” (Salmos 118:14).

Los creyentes del pasado no ponían la corona sobre sus propias cabezas como hacemos nosotros en nuestra vanidad.

Las misericordias de Dios han fundido el corazón de otros en amor al Dios de las misericordias. Cuando Ana recibió la misericordia de un hijo, dijo: “Mi corazón se regocija en el Señor” (1 Samuel 2:1), no en la misericordia recibida,

sino en el Dios de la misericordia. De igual modo fue con María: “Engrandece mi alma al Señor; Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” (Lucas 1:46-47). Esa palabra significa hacer más espacio en el espíritu para Dios; sus corazones no se contraían por lo recibido, sino que se engrandecían para Dios.

También las misericordias recibidas de Dios han servido como restricción para evitar el pecado de otros. Esdras 9:13-14 dice “Ya que tú, Dios nuestro. . . nos diste un remanente como este, ¿hemos de volver a infringir tus mandamientos?” Las almas limpias sienten sobre ellas la fuerza del amor y la misericordia que las obligan.

Las misericordias de Dios hacia otras personas han sido como aceite en los engranajes de su obediencia, y los han equipado más para el servicio. Si las misericordias que hemos recibido tienen el efecto contrario sobre nuestros corazones, tenemos grandes motivos para temer que no hayan llegado a nosotros en amor. Es suficiente para rebajar el espíritu de un creyente el ver el dulce efecto que las misericordias han tenido sobre otros y los amargos efectos que han tenido sobre él mismo.

2. El tiempo de adversidad

Cuando la providencia no nos sonrío y acaba con nuestras comodidades externas, miremos nuestro corazón y guardémoslo con toda diligencia para que no se resienta contra Dios ni desmaye bajo su mano; porque los problemas, aunque sean santificados, siguen siendo problemas.

Jonás era un buen hombre, y aun así ¡cuánto se irritó su corazón bajo la aflicción! Job era un espejo de paciencia, y aun así ¡cuánto se descompuso su corazón en la tribulación!

Cuando nos encontremos bajo grandes aflicciones encontraremos difícil tener un espíritu compuesto. ¡Cuántas prisas e inquietud generan las aflicciones incluso en los mejores corazones! Veamos entonces cómo un cristiano que está bajo gran aflicción puede evitar que su corazón se resienta o desmaye bajo la mano de Dios. Ofreceremos varias ayudas para guardar el corazón que se encuentra en esta condición.

En primer lugar, mediante las circunstancias que se cruzan, Dios está buscando fielmente el gran diseño de su electivo amor sobre las almas de su pueblo, y ordena todas estas aflicciones como medios santificados para conseguir ese objetivo. Las aflicciones no vienen por casualidad, sino por diseño. Por el diseño de Dios son ordenadas como medio para producir a los creyentes un bien espiritual: “De esta manera, pues, será perdonada la iniquidad de Jacob” (Isaías 27:9), “Pero [Dios nos disciplina] para lo que es provechoso” (Hebreos 12:10), “Todas las cosas nos ayudan a bien” (Romanos 8:28).

Las aflicciones son como obreros de Dios en nuestros corazones, que sacan el orgullo y la seguridad carnal de ellos, y haciendo así, su naturaleza es transformada, de forma que se convierten en bienes y beneficios. “Bueno me es haber sido humillado” (Salmos 119:71) dice David.

Por tanto es seguro que no tenemos motivos para reñir con Dios, sino más bien para maravillarnos de que Él se ocupe tanto en nuestro bien que utiliza cualquier medio para cumplirlo. Pablo podía bendecir a Dios si en alguna manera lograba alcanzar la resurrección de los muertos. “Hermanos” dice Santiago, “tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas” (Santiago 1:2).

Nuestro Padre está realizando un sabio diseño sobre nuestras almas, ¿haremos bien entonces en enfadarnos con Él? Todo lo que Él hace es con referencia de algún objetivo glorioso sobre nuestras almas. Es nuestra ignorancia del diseño de Dios lo que nos hace pelear con Él. En ese caso nos dice, como dijo a Pedro: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después” (Juan 13:7)

En segundo lugar, aunque Dios se ha reservado la libertad de afligir a su pueblo, ha atado sus manos con la promesa de que nunca apartará su misericordia de ellos (Isaías 54:10).

¿Somos capaces de contemplar esta porción de las Escrituras con un espíritu resentido y descontento? “Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él” (2 Samuel 7:14-15). ¡Oh corazón, corazón orgulloso! ¿Haces bien en estar descontento cuando Dios te ha dado el árbol completo, lleno de ramas de consuelo creciendo en él, solo porque permite que el viento sople y haga caer unas pocas hojas?

Los cristianos tienen dos tipos de beneficios, los beneficios del trono y los del reposapiés. Beneficios movibles e inamovibles. Si Dios ha asegurado unos, nunca dejemos que el corazón se preocupe por la pérdida de los otros. Si hubiese apartado su amor, o sacado nuestras almas del pacto, ciertamente tendríamos motivos para estar entristecidos. Pero no lo ha hecho, ni puede hacerlo.

En tercer lugar, recordar que es nuestro propio Padre el que ordena las aflicciones, es algo de gran eficacia para guardar el corazón de hundirse en medio de ellas. Ninguna criatura mueve su mano o lengua contra nosotros sin su permiso.

Si la copa es amarga, pero es la copa que el Padre nos ha dado ¿cómo podemos sospechar que lo que contiene es veneno? No seamos necios, pongamos el caso en nuestro propio corazón ¿podríamos darle a un hijo algo que lo destruyese? ¡No! antes nos haríamos daño a nosotros mismos que hacerles daño a ellos. “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos...” ¡Cuánto más Dios!

La simple consideración de su naturaleza como Dios de amor, compasión, y tiernas misericordias, o de su relación con nosotros como padre, esposo y amigo debería ser suficiente seguridad incluso si Él no nos hubiese dado palabra para tranquilizarnos en estos casos. Sin embargo, también tenemos su palabra, a través del profeta Jeremías: “no os haré mal”. Estamos demasiado cerca de su corazón para que Él nos dañe, y nada le entristece más que nuestras sospechas infundadas e indignas acerca de sus planes.

¿No se entristecería un médico fiel y de corazón amoroso, cuando después de haber estudiado el caso de su paciente, y haber preparado las más excelentes

medicinas para salvar su vida, lo escuchase decir: “¡Oh, me ha descompuesto! ¡Me ha envenenado!”, simplemente porque le produce dolor la operación? Oh, ¿cuándo tendremos un corazón inocente?

En cuarto lugar, Dios tiene la misma consideración por nosotros tanto cuando estamos en una condición baja como cuando estamos en una alta, por eso no debería ser tanto problema para nosotros que nos ponga en baja condición. Él manifiesta más de su amor, gracia y ternura en tiempos de aflicción que en tiempos de prosperidad.

Dios no nos eligió en primer lugar porque fuésemos personas destacadas, así que no nos va a abandonar porque seamos personas humildes. Los hombres pueden darnos la espalda y alterar su respeto por nosotros si nuestra condición se altera. Cuando la providencia ataca nuestras posesiones, los amigos del verano pueden convertirse en extraños, temiendo que podamos ser un problema para ellos, pero ¿acaso hará Dios lo mismo? No, no: “No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5) dice el Señor. Si la adversidad y la pobreza pudiesen impedirnos el acceso a Dios, serían una condición deplorable en verdad. Pero lejos de esto, podemos acercarnos a Él tan libremente como siempre. “el Dios mío me oirá” (Miqueas 7:7), dice la iglesia.

El pobre David, cuando le fueron arrebatadas todas las comodidades terrenales, pudo tener ánimo en el Señor su Dios ¿y nosotros no podremos? Supongamos que nuestro cónyuge o hijo haya perdido todo en el mar, y venga a nosotros envuelto en harapos ¿le negaríamos la relación con nosotros o rehusaríamos atenderle? Si no lo harías, mucho menos lo hará Dios. ¿Por qué entonces nos alteramos tanto? Aunque nuestra condición cambie, el amor de nuestro Padre no cambia.

En quinto lugar, ¿No puede ser que, mediante la pérdida de las comodidades externas Dios esté preservando nuestras almas del poder de la tentación que nos lleva a la ruina? En ese caso tenemos poco motivo para hacer que nuestro corazón se hunda en tan tristes pensamientos. ¿Acaso los disfrutes de este mundo no hacen que la gente se agite y cambie en los tiempos de prueba? Por amor a esas cosas muchos han abandonado a Cristo en esos tiempos. El joven rico “se fue triste, porque tenía muchas posesiones”. Si este es el diseño de Dios, ¡cuán desagradecido es murmurar contra Dios por ello!

Los marineros en medio de la tormenta son capaces de tirar por la borda las cargas más valiosas con tal de preservar sus vidas. Sabemos que es normal que los soldados de una ciudad bajo asedio destruyan los mejores edificios fuera de las murallas, en los cuales los enemigos pudiesen tomar refugio. Y en estos casos nadie duda de que lo que hacen es lo más sabio. Aquellos que tienen miembros gangrenados los presentan voluntariamente para ser cortados, y no solo dan las gracias al cirujano, sino que también le pagan. ¿Hemos entonces de murmurar contra Dios por echar fuera aquello que nos puede hundir en la tormenta, por derribar aquello que puede ayudar a nuestro enemigo en el asedio de la tentación, por cortar aquello que puede poner en peligro nuestra vida eterna?

¡Oh, hombres desconsiderados y desagradecidos! ¿Acaso no son estas cosas por las que nos lamentamos las mismas cosas que han arruinado a miles de almas?

En sexto lugar, sería un gran apoyo para nuestro corazón cuando estamos bajo adversidad el considerar que Dios, mediante esas providencias que nos humillan puede estar cumpliendo aquello por lo que hemos orado y esperado mucho tiempo. ¿Hemos de preocuparnos entonces?

Como cristianos, ¿no hemos hecho muchas oraciones a Dios pidiendo que nos libre del pecado, que nos descubra nuestra vanidad, que nos ayude a mortificar nuestros pecados y malos deseos, y que nuestros corazones solamente encuentren felicidad en Cristo? Con esos golpes de humillación y pobreza Dios puede estar cumpliendo nuestros deseos.

¿Queremos ser guardados del pecado? Él ha hecho una cerca en nuestro camino con espinos. ¿Queremos ver la vanidad de las criaturas? La aflicción es una herramienta clara para descubrirla, porque la vanidad de las criaturas nunca se descubre de forma tan efectiva y sensible como por nuestra propia experiencia. ¿Queremos ver morir nuestra corrupción? Esta es la forma: quitarnos el combustible y el alimento que la mantiene, porque es la prosperidad la que da a luz la corrupción y la alimenta, de tal forma que la adversidad, cuando es santificada, es un medio para hacerla morir. ¿Queremos que nuestro corazón no encuentre descanso sino en el seno de Dios? ¿Qué método podría ser mejor para que la providencia cumpliera este deseo que quitar de nuestras cabezas la cómoda almohada de plumas mundanas en la que hemos descansado?

Y aun nos irritamos por esto. Niños malcriados ¡cómo ponemos a prueba la paciencia de nuestro Padre! Si se retrasa en contestar las oraciones, somos rápidos en decir que no se acuerda de nosotros. Si las contesta de una forma que no esperamos, murmuramos contra Él por eso, como si, en lugar de responder, estuviese acabando con nuestras esperanzas y objetivos. ¿No es suficiente que Dios tenga la gracia de hacer lo que queremos, que además esperemos que lo haga de la manera que queremos?

En séptimo lugar, puede servir de apoyo al corazón considerar que en medio de esos problemas Dios está realizando la obra en la cual el alma se regocijará más tarde. Nos vemos nublados con mucha ignorancia, y no somos capaces de discernir cómo la providencia particular se inclina a completar los designios de Dios. Por eso, al igual que hizo Israel en el desierto, murmuramos con frecuencia ya que la providencia nos lleva a través de un desierto aterrador en el que nos vemos expuestos a dificultades, aunque Dios nos esté guiando por buen camino a una ciudad con moradas.

Si pudiésemos ver como Dios en su propósito secreto ha trazado con exactitud el plan completo de nuestra salvación, incluso en los medios y circunstancias más pequeños, pudiésemos discernir la admirable armonía de las dispensaciones divinas, sus relaciones mutuas junto con la contribución general que tienen todas hacia el objetivo final, y tuviésemos la libertad de elegir las circunstancias a nuestra manera, seguramente elegiríamos las mismas en las que estamos ahora.

La providencia es como un tapiz formado por miles de hilos que parecen inútiles si se toman por separado, pero que juntos, forman una hermosa historia. Ya que Dios hace todas las cosas de acuerdo al propósito de su voluntad, este es el mejor método para efectuar nuestra salvación.

Si alguien tiene un corazón orgulloso, le serán asignadas muchas situaciones que lo humillen. Si alguno tiene un corazón mundano, llegarán muchas circunstancias que lo empobrezcan. Si fuésemos capaces de ver esto, no haría falta más consuelo para nuestros corazones decaídos.

En octavo lugar, para calmar el corazón también es bueno considerar que al inquietarnos y estar descontentos, nos hacemos más daño del que nos podrían producir las aflicciones. Nuestro propio descontento da armas a nuestros problemas. Hacemos nuestra carga más pesada cuando luchamos bajo su peso.

Si nos quedásemos quietos bajo la mano de Dios, nuestra condición sería mucho más fácil. “La impaciencia en tiempos de enfermedad, produce la severidad del médico”. Esto hace que Dios nos aflija más, como hace el padre con el niño tozudo que no recibe la corrección.

Además el descontento hace que el alma esté indispuesta a orar por sus problemas, o a recibir el sentimiento de bien que Dios trata de producir mediante ellos. La aflicción es una píldora, que envuelta con paciencia y sumisión es fácil de tragar. Pero con el descontento mordemos la píldora y amargamos el alma. Dios echa fuera alguna comodidad que ve que puede dañarnos, y nosotros echamos fuera nuestra paz detrás de ella. Él dispara una flecha a nuestra ropa, que nunca tuvo la intención de dañarnos sino solamente apartarnos del pecado, y nosotros nos la clavamos hasta dañarnos el corazón por medio de la mala disposición y el descontento.

En noveno lugar, Si nuestro corazón (como el de Raquel) todavía no quiere ser consolado, hagamos una cosa más. Comparemos la condición en la que estamos ahora, en la que estamos tan insatisfechos, con la condición en la que están otros y en la que mereceríamos estar.

Ahora otros están en medio de llamas, gimiendo bajo el azote de la justicia, y mereceríamos estar entre ellos. Oh alma mía ¿acaso se parece esto al infierno? ¿Es mi condición tan mala como la de los condenados? ¡Cuánto darían los miles que ahora están en el infierno para cambiar su situación con la mía!

Un autor dice: He leído que cuando el Duque de Conde se sometió voluntariamente a las inconveniencias de la pobreza, un señor de Italia se fijó en él y sintió lástima, y deseó ayudarlo. El buen duque respondió “Señor, no se preocupe, y no crea que sufro por la necesidad, porque envié un heraldo delante de mí que me prepara mis alojamientos y se preocupa de que sea bien tratado”. El señor le preguntó quién era ese heraldo. Él respondió: “El conocimiento de mí mismo, y el pensar lo que merezco por mis pecados, que es el tormento eterno. Cuando llego con este conocimiento a mi aposento, aunque lo encuentre desprovisto, pienso que es mucho mejor de lo que merezco. ¿Por qué se quejan los que viven?”

De esta forma se puede guardar el corazón de resentirse e indisponerse bajo la adversidad.

3. El tiempo en el que hay problemas en la iglesia

Cuando la Iglesia es oprimida y está a punto de perecer en las olas de la persecución como la barca en la que estaban Jesús y los discípulos, hay almas buenas que también se preparan para naufragar en las olas de sus propios temores.

Es verdad que la mayoría de las personas necesitan más las espuelas que las riendas en este caso, sin embargo algunos se sientan desanimados bajo el sentir de los problemas de la Iglesia. La pérdida del arca le costó su vida a Elí (1 Samuel 4:16-18), la triste situación en la que estaba Jerusalén hizo que la expresión del buen Nehemías cambiase en medio de todos los placeres y comodidades de la corte (Nehemías 2:1-3).

Pero aunque Dios permite, e incluso ordena el conmoverse por estas calamidades, y llama en tales tiempos a “gemir, llorar y vestirse de cilicio”, amenazando con severidad a los insensibles, no le agrada vernos sentados bajo el enebro como el compungido Elías: “Basta ya, oh Señor, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (1 Reyes 19:4). No: podemos y debemos ser gimientes en Sión, pero no atormentarnos a nosotros mismos; podemos quejarnos a Dios, pero no quejarnos de Dios (ya sea por el lenguaje o las acciones).

Preguntémonos entonces cómo los corazones sensibles pueden ser aliviados y sostenidos cuando se ven desbordados con el pesado sentimiento de los problemas de la Iglesia. Es cierto que es difícil para el que tiene su gozo preferente en Sión guardar su corazón de hundirse bajo el sentir de sus problemas; sin embargo debe y puede hacerse mediante el empleo de direcciones que establezcan el corazón como las siguientes:

En primer lugar establezcamos esta gran verdad en nuestro corazón: ningún problema cae sobre Sión sin permiso del Dios de Sión, y Él no permite nada que no vaya a traer finalmente mucho bien sobre su pueblo. El consuelo puede derivarse de reflexionar en la voluntad de Dios, que permite y ordena. “Dejadle que maldiga, pues el Señor se lo ha dicho” (2 Samuel 16:11), “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” (Juan 19:11).

Debería calmar mucho nuestros espíritus saber que es la voluntad de Dios que lo soportemos, y que, si Él no lo hubiese permitido, nunca sería como es. Esta misma consideración calmó a Job, Elí, David y Ezequías. Que el Señor lo hubiese hecho era suficiente para ellos, y ¿por qué no habría de ser suficiente para nosotros? Si el Señor quiere arar la Iglesia como un campo, y sus piedras yacen en el polvo, si es su agrado que el Anticristo muestre su furia durante aún más tiempo y fatigue a los santos del Altísimo, si es su voluntad que haya un día de tribulación, de pisoteo por el Señor de los ejércitos sobre el valle de la visión, que los malvados devoren al hombre más justo que ellos ¿qué somos nosotros para contender con Dios? Lo adecuado es que nos resignemos a esa voluntad cuando se presente, y que Aquel que nos hizo disponga de nosotros como le plazca. Él puede hacer lo que le parezca bien sin nuestro consentimiento.

¿Acaso el pobre ser humano está en el mismo terreno para que pueda capitular con su Creador, o para que Dios le dé cuenta de cualquiera de sus asuntos? Que estemos contentos, sin importar cómo Dios pueda disponer de nosotros, es tan razonable como que seamos obedientes, sea lo que sea que

Él nos requiera. Pero si llevamos este argumento más lejos, y consideramos que todo lo que Dios permite al final acaba resultando en un bien real para su pueblo, esto calmará nuestros espíritus mucho más.

¿Se están llevando los enemigos lo mejor del pueblo a la cautividad? Parece una providencia desesperante, pero Dios los envía allí por su bien. ¿Está tomando Dios a los Asirios como una vara en su mano para azotar a su pueblo? El objetivo de hacer eso es que “el Señor haya acabado toda su obra en el monte de Sion” (Isaías 10:12). Si Dios puede traer mucho bien de la mayor maldad del pecado, mucho más puede hacerlo con las aflicciones temporales, y que lo hará es tan evidente como que puede hacerlo. Ya que es inconsistente con la sabiduría de alguien común permitir que algo, que podría evitar si quisiera, acabe con su gran diseño, ¿Cómo se puede imaginar que Dios, que es más sabio, hiciera algo así?

Como Lutero dijo a Melanchthon, también digo: “Deja hacer a la infinita sabiduría y poder”, porque por este todas las criaturas se mueven, y todas las acciones se guían en referencia a la iglesia. No es nuestro trabajo gobernar el mundo, sino someternos a lo que Él hace. Los movimientos de la providencia son todos juiciosos, las ruedas están llenas de ojos: es suficiente saber que los asuntos de Sión están en buenas manos.

En segundo lugar meditemos en una verdad que afirme el corazón como la siguiente: Por muchos problemas que haya en la Iglesia, su Rey continúa estando en ella. ¿Acaso ha abandonado el Señor a sus iglesias? ¿Las ha vendido a las manos del enemigo? ¿Es que no le importan los males que caen sobre ellas para que nuestros corazones se hundan? ¿No es una vergüenza minusvalorar al gran Dios y magnificar al pobre e impotente ser humano, el hecho de temblar y temer lo que puedan hacer los seres creados mientras Dios está en medio de nosotros?

Los enemigos de la iglesia son muchos y poderosos, eso desde luego, pero el argumento con el que Caleb y Josué lucharon para levantar sus propios corazones tiene tanta fuerza hoy día como la tuvo entonces: “Con nosotros está el Señor; no los temáis” (Números 14:9). Un historiador nos cuenta que cuando Antígono escuchó a sus soldados hablar de cuántos eran sus enemigos, y cómo se desalentaban unos a otros, dio un paso en medio de ellos y preguntó: “¿Y por cuántos enemigos creen que yo valgo?”. Almas desmotivadas ¿Por cuántos creen que vale el Señor? ¿Acaso Él no es un oponente demasiado grande para todos sus enemigos? ¿No es un Todopoderoso más que muchos poderosos? “Si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).

¿Cuál creemos que fue la razón para las grandes comprobaciones que hizo Gedeón? Preguntó, deseaba una señal, y después de eso otra. ¿Y cuál era la razón de esto sino que él pudiese estar seguro de que el Señor estaba con Él, y que pudiese escribir sobre su insignia el emblema: La espada del Señor y de Gedeón?

Así que si podemos estar seguros de que el Señor está con su pueblo, podemos elevarnos sobre todo el desánimo. Y para que sea así no necesitamos una señal desde el cielo. Ya tenemos la señal de que la iglesia ha sido maravillosamente preservada entre todos sus enemigos. Si Dios no estuviese con su pueblo, ¿cómo es posible que no fuesen devorados

rápidamente? ¿Acaso es porque sus enemigos están esperando tener poder o una oportunidad? No. Lo que sucede es que hay una mano invisible sobre ellos. Por tanto dejemos que su presencia nos de descanso, y aunque los montes se muevan de lugar, y aunque el cielo y la tierra se mezclen, no temamos: Dios está en medio de Sión, y no será conmovida.

En tercer lugar consideremos las grandes ventajas que atienden al pueblo de Dios cuando están afligidos. Si el tener una posición afligida y humillada en el mundo es de verdad lo mejor para la Iglesia, entonces nuestro decaimiento no solo es irracional, sino desagradecido. Si estimamos la felicidad de la iglesia por su comodidad en el mundo, por su esplendor y su prosperidad, entonces los tiempos de aflicción nos parecerán desfavorables. Pero si reconocemos que su gloria está en su humildad, fe y piedad, no hay condición que abunde más con ventajas para eso que la aflicción.

No fueron las persecuciones y las prisiones las que envenenaron la iglesia, sino la mundanalidad y el desenfreno. La semilla de la iglesia fue la sangre de sus mártires, no la gloria terrenal de los que decían pertenecer a ella. El poder de la piedad nunca creció mejor que en la aflicción, y nunca creció menos que en los tiempos de mayor prosperidad. Cuando “fuimos dejados humildes y pobres, entonces aprendimos a confiar en el nombre del Señor” (Sofonías 3:12).

Ciertamente es por el bien de los creyentes el ser destetados del amor y el deleite en las vanidades de la tierra que nos esclavizan, el ser avivados e instados a seguir adelante hacia el cielo con un mayor apremio, el tener una visión más clara de sus propios corazones, el ser enseñados a orar con más fervor, más frecuencia, mayor espiritualidad, el buscar y anhelar el descanso con más ardor. Si todo eso es por nuestro bien, la experiencia nos enseña que no hay un estado que sea tan bendecido con esos frutos como lo es la aflicción. ¿Está bien que nos resintamos y decaigamos porque nuestro Padre prefiera el bien de nuestras almas en lugar de la gratificación de nuestro humor? ¿Está bien hacerlo porque Él quiere llevarnos al cielo por un camino más corto del que deseáramos ir? ¿Es esto una respuesta adecuada a su amor, que se agrada tanto como para preocuparse por nuestro bienestar, que hace más bien por nosotros de lo que lo haría por miles de personas en el mundo? Sobre estas personas no pone su vara, ni les da aflicciones para hacerles bien. Pero desgraciadamente juzgamos por los sentidos y reconocemos las cosas como buenas o malas según nuestro gusto en el presente.

En cuarto lugar tengamos cuidado de no pasar por alto las muchas misericordias preciosas que el pueblo de Dios disfruta en medio de la tribulación. Es una lástima que nuestras lágrimas por los problemas cieguen tanto nuestros ojos que no vemos nuestras misericordias. No insistiré sobre la misericordia de tener nuestra vida por botín (Jeremías 45:5), ni sobre todas las comodidades externas que disfrutamos y que están por encima de las que Cristo y sus preciosos siervos, de los cuales el mundo no era digno, tuvieron. Pero ¿qué podemos decir del perdón de pecados, el tener herencia en Cristo, el pacto de promesa y una eternidad de felicidad en la presencia de Dios después de que pasen unos pocos días?

No es adecuado que un pueblo al que se le ha concedido tales misericordias decaiga bajo cualquier aflicción temporal, o que esté tan preocupado por la desaprobación de los hombres y la pérdida de cosas sin importancia. No tenemos la sonrisa de grandes hombres, pero sí el favor del gran Dios. Quizás somos disminuidos en lo temporal, pero del mismo modo aumentamos en los bienes eternos y espirituales.

Quizás no podamos vivir con tanta abundancia como antes, pero sí con más piedad que nunca. ¿Nos lamentaremos tanto por estas circunstancias como para olvidar nuestra sustancia? ¿Harán unos ligeros problemas que nos olvidemos de grandes misericordias? Recordemos que las verdaderas riquezas de la iglesia están fuera del alcance de todos los enemigos. ¿Qué importa si Dios no distingue entre los suyos y los otros en sus dispensaciones externas? ¿Qué importa si en sus juicios toca a los mejores y deja tranquilos a los peores? ¿Qué importa si Abel fue asesinado permaneciendo en el amor, y Caín sobrevivió con odio? ¿Qué si el sanguinario Dionisio murió en su cama y el buen Josías murió en la batalla? ¿Qué importa que el vientre de los impíos se llene con tesoros escondidos mientras los dientes de los santos lo hacen con cascajo? Aun así es motivo de alabanza, porque el amor que elige nos ha distinguido, aunque la providencia común no lo haya hecho, y mientras la prosperidad y la impunidad matan a los impíos, incluso una adversidad que mate beneficiará a los justos.

En quinto lugar, creamos que, sin importar lo bajo que sea hundida la iglesia bajo las aguas de la adversidad, a buen seguro se levantará de nuevo. No temamos, porque tan seguro como que Cristo resucitó al tercer día, sin importar el sello y la vigilancia que había sobre Él, con la misma seguridad Sión se levantará de todos sus problemas y levantará su victoriosa cabeza sobre todos sus enemigos.

No hay motivo para temer la ruina de la gente que crece en sus pérdidas y se multiplica al ser disminuida. No nos apresuremos a enterrar a la iglesia antes de que esté muerta; quedémonos quietos hasta que Cristo la haya probado, antes de darla por perdida. La zarza puede estar en llamas, pero nunca será consumida, y eso es así por la buena voluntad del que habita en ella.

En sexto lugar, recordemos los ejemplos del cuidado y ternura de Dios con su pueblo en dificultades pasadas. Por más de dieciocho siglos la Iglesia Cristiana ha estado en aflicción, y a pesar de eso no ha sido consumida. Muchas oleadas de persecución han pasado por ella, pero no se ha ahogado, muchas artimañas se han forjado en contra de ella, pero hasta ahora ninguna ha prosperado. No es la primera vez que los Amanes y Ajitofeles han planeado su ruina, que Herodes haya extendido su mano para afligirla, pero aun así ha sido preservada, apoyada y librada de todos sus problemas.

¿Acaso no es tan querida para Dios como siempre? ¿No es capaz Él de salvarla como lo hizo antiguamente? Aunque no sepamos de dónde vendrá la salvación, “sabe el Señor librar de tentación a los piadosos” (2 Pedro 2:9).

En séptimo lugar si no podemos tener consuelo en ninguna de estas consideraciones, intentemos sacar alguno de nuestros problemas en sí mismos.

Seguramente este problema que tenemos es buena evidencia de nuestra integridad. La unión es la base de la simpatía: Si no tuviésemos las riquezas en el barco de la Iglesia, no temblaríamos al verlo peligrar. En esta disposición espiritual podemos permitirnos este consuelo: que si somos sensibles a los problemas de Sión, Jesucristo es mucho más sensible y está mucho más solícito de lo que podemos estar nosotros, y mirará de manera favorable a aquellos que se lamentan por ello.

4. El tiempo de peligro y distracción pública

En tales tiempos hasta los mejores corazones están demasiado inclinados a ser sorprendidos por un temor que los esclaviza. Si Siria hace alianza con Efraín, los corazones de la casa de David tiemblan como los árboles del bosque que se agitan con el viento. Cuando hay señales atemorizantes en los cielos, o angustia de los pueblos confundidos, cuando rugen las olas del mar, los corazones de los hombres caen en temor al ver las cosas que vienen sobre la tierra.

Incluso Pablo alguna vez se quejó “de fuera, conflictos; de dentro, temores” (2 Corintios 7:5). Pero, hermanos míos, estas cosas no deberían ser así; los creyentes deberían tener un espíritu más elevado, del mismo modo que lo tenía David cuando su corazón se mantenía en una buena disposición: “El Señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?” (Salmos 27:1)

Que nadie sea un esclavo del temor, excepto los siervos del pecado, que los que se deleitan en la maldad temen la maldad. No permitamos que lo que Dios ha puesto como amenaza de juicio para los impíos capture el corazón de los justos. “Infundiré en sus corazones tal cobardía, en la tierra de sus enemigos, que el sonido de una hoja que se mueva los perseguirá, y huirán como ante la espada, y caerán sin que nadie los persiga” (Levítico 26:36) ¡Qué personas más pobres en espíritu son aquellas que huyen al sonido de una hoja! Una hoja produce un sonido agradable, no terrible. Es como una música natural. Pero para una conciencia culpable, incluso el silbido de las hojas es como tambores y trompetas. “No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7) El dominio propio, que se levanta aquí en oposición al temor, es una conciencia sin mancha, no debilitada por la culpa, y eso debería hacernos confiados como leones.

Sé que de un creyente no podemos decir lo mismo que Dios dijo de leviatán, que fue creado sin temor. Hay un temor natural en todos los hombres, y es tan difícil quitarlo por completo como lo sería quitar el cuerpo mismo. El temor es una perturbación de la mente, que surge de la percepción de un peligro que se acerca, y mientras los peligros se acercan, tendremos perturbaciones en nuestro interior. Mi propósito no es recomendar una apatía estoica, ni disuadir a nadie de un temor preventivo que sea adecuado al problema y sirva a nuestra alma. Existe un temor que nos abre los ojos para predecir el peligro, y nos motiva a ser prudentes y a utilizar los medios que podamos para prevenirlo. Así fue en el caso de Jacob, que tuvo temor y actuó con prudencia cuando esperaba encontrarse con su enfadado hermano Esaú.

De lo que pretendo que guardemos nuestros corazones es del temor de la timidez, de la falta de confianza en nosotros mismos. Esa emoción tiraniza e invade el corazón en momentos de peligro, distrae, debilita y nos desacomoda para realizar nuestro deber. Lleva a las personas a utilizar medios ilegítimos, y las atrapa. Veamos como un cristiano puede guardar su corazón de los temores que distraen y atormentan en tiempos de peligros amenazantes. Hay varias reglas excelentes para guardar el corazón del temor pecaminoso.

En primer lugar, veamos a todas las criaturas como seres que están en manos de Dios, quien las gobierna en todos sus actos, limitándolas, restringiéndolas y determinándolas según Él quiere. Que esta gran verdad quede bien establecida por fe en nuestros corazones, y nos guardará contra los temores que esclavizan.

El primer capítulo de Ezequiel contiene un admirable bosquejo de providencia: Ahí vemos a los seres vivientes que mueven las ruedas (es decir, las grandes revoluciones en las cosas de aquí abajo) que van hacia Cristo sentado en el trono, para recibir nuevas instrucciones de Él. En el capítulo seis de Apocalipsis podemos leer sobre caballos blancos, negros y rojos que son los instrumentos empleados por Dios para ejecutar juicios en el mundo, como guerras, pestilencias y muerte. Cuando estos caballos están recorriendo el mundo, hay una consideración que puede calmar nuestros corazones: Dios tiene en su mano las riendas.

Los impíos son a veces como caballos locos, que arrollan al pueblo de Dios bajo sus pies, pero el freno de la providencia está en sus bocas. Es terrible encontrarse con un león en libertad, pero ¿quién teme a un león que está en manos del que lo guarda?

En segundo lugar recordemos que este Dios en cuyas manos están todas las criaturas es nuestro Padre, y piensa con más cariño en nosotros que nosotros mismos. “El que te toca, toca la niña de mi ojo” (Zacarías 2:8). Preguntemos hasta a la mujer más temerosa: ¿Hay o no una gran diferencia entre ver una espada desenvainada en manos de un rufián sanguinario y verla en las manos de su amoroso esposo? Del mismo modo, hay una gran diferencia entre ver las criaturas con el ojo material o verlas como en manos de nuestro Dios con el ojo de la fe.

Isaías 54:5 es muy apropiado a este respecto: “Porque tu marido es tu Hacedor; el Señor de los ejércitos es su nombre”, Él es el Señor de todos los ejércitos de criaturas. ¿Quién temería atravesar un ejército, a pesar de que todos los soldados giren las espadas y armas contra él, si el comandante de ese ejército es su amigo o su padre?

Un joven creyente estaba en el mar con muchos otros pasajeros en medio de una gran tormenta, y, estando ellos medio muertos del miedo, solo el joven parecía verse muy contento, como si estuviese poco preocupado por el peligro. Alguien quiso saber la razón de su contentamiento. “Oh” dijo él, “¡es porque el piloto de este barco es mi Padre!”.

Consideremos primero a Cristo como Rey y Señor supremo sobre el reino de la providencia, y luego como cabeza nuestra, esposo y amigo, y podremos decir rápidamente: “Vuelve a tu descanso, alma mía”. Esta verdad hará que dejemos de temblar, y nos hará cantar en medio del peligro. “Porque Dios es el Rey de

toda la tierra; Cantad con inteligencia” (Salmos 47:7). Es decir “que todo el que tenga entendimiento de esta doctrina, que revive y establece los corazones, del dominio de nuestro Padre sobre todas las criaturas, cante alabanzas”.

En tercer lugar pongamos sobre nuestro corazón las prohibiciones expresas de Cristo sobre este caso, y permitamos que nuestros corazones tengan temor de violarlas.

Él nos ha encargado que no tengamos miedo: “cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os alarméis” (Lucas 21:9), “en nada intimidados por los que se oponen” (Filipenses 1:28). En Mateo 10, en el espacio de seis versículos, nuestro salvador nos ordena tres veces que no temamos a los hombres. ¿Nos hace temblar la voz de un hombre y no lo hará la de Dios? Si tenemos un espíritu tan temeroso, ¿cómo es que no tememos desobedecer el mandamiento de Jesucristo? Creo que el mandamiento de Cristo debería tener tanto poder para darnos calma, como la voz de una pobre lombriz no lo tiene para aterrorizar nuestro corazón. “Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo de hombre, que es como heno? y ya te has olvidado del Señor tu Hacedor” (Isaías 51:12-13).

No podríamos tener el pecado de temer a las criaturas sin haber olvidado a Dios primero. Si recordásemos quién es Él y lo que ha dicho, no tendríamos un espíritu tan débil. Por tanto, reflexionemos en esto en las temporadas de peligro. Si dejamos que en nuestro corazón entre el esclavizante temor al hombre, debemos dejar salir el asombro y temor reverente hacia Dios ¿y nos atreveremos a echar fuera el temor del Todopoderoso por la desaprobación de los hombres? ¿Levantaremos al polvo orgulloso por encima del gran Dios? ¿Correremos hacia un pecado cierto para evitar un peligro probable? ¡Guardemos nuestro corazón con esta consideración!

En cuarto lugar recordemos cuantos problemas innecesarios nos han traído nuestros temores en ocasiones pasadas: “Todo el día temiste continuamente del furor del que aflige, cuando se disponía para destruir. ¿Pero en dónde está el furor del que aflige?” (Isaías 51:13). El opresor parecía dispuesto a devorar, pero no hemos sido devorados. Dios dice: “No ha venido sobre ti lo que temías; has desperdiciado tu espíritu, desordenado tu alma, y debilitado tus manos sin ningún propósito. Podrías haber mantenido eso mientras mantenías tu paz y ser dueño de tu alma con paciencia”.

Y en esto no podemos dejar de observar una profunda forma de actuar de Satanás, en la que consigue poner una trampa al alma con temores vanos. Los llamo vanos en referencia a que acaban frustrados por la providencia, pero ciertamente no son vanos en cuanto al fin que Satanás persigue al levantarlos; porque en esto él actúa como los soldados en el asedio de un fuerte, que cansan a los que están asediados mediante una vigilancia constante, y los indisponen para tomar resistencia cuando ataquen de verdad, ya que cada noche los hacen despertarse con falsas alarmas, que acaban en nada pero marcadamente responden al plan del enemigo.

¡Oh! ¿Cuándo estaremos conscientes de las maquinaciones de Satanás?

En quinto lugar, consideremos solemnemente que, aunque sucediesen de verdad las cosas que tememos, hay más mal en nuestros propios temores que en aquello que tememos. No solo porque el menor mal del pecado es peor que

el mayor mal de un sufrimiento, sino porque ese temor pecaminoso es en realidad peor que la condición de la cual tenemos tanto miedo. El temor es una emoción que se multiplica y atormenta: representa a los problemas mucho mayores de lo que son, y de esa forma tortura al alma mucho más que el sufrimiento mismo.

Así sucedió con Israel en el Mar Rojo: clamaron y tenían temor, hasta que dieron un paso dentro del agua y el pasaje se abrió a través del mar que creían que los iba a ahogar. Así nos sucede a nosotros. Miramos a través de la lente del temor carnal sobre las aguas de la tribulación, la crecida del Jordán, y clamamos: “¡Oh, son inabordables, pereceremos en ellas!”. Pero cuando llegamos a entrar en medio de la inundación, encontramos que la promesa se cumple: “Dios dará una salida”.

De esa forma le sucedió a un bendito mártir cuando quiso hacer una prueba poniendo su dedo en una vela encendida, y vio que no podía soportarlo. Entonces clamó “¡Cómo es esto! ¿No puedo soportar que se me queme un dedo?” Pero cuando llegó la mañana, pudo entrar contento a las llamas con estos versos de las Escrituras en su boca: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti” (Isaías 43:1-2)

En sexto lugar, consultemos las muchas preciosas promesas que fueron escritas para afirmarnos y consolarnos en todo peligro. Estas son nuestro refugio al que podemos huir y estar seguros cuando las saetas del peligro vuelan de noche, y la mortandad al medio día destruya.

Hay promesas particulares para casos y exigencias particulares, así como también hay promesas que alcanzan a todos los casos y situaciones, tales como las siguientes: “Todas las cosas nos ayudan a bien” (Romanos 8:28) “Aunque el pecador haga mal cien veces, y prolongue sus días, con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen” (Eclesiastés 8:12).

Si simplemente pudiésemos creer estas promesas nuestro corazón se afirmaría. Si pudiésemos rogar a Dios como hizo Jacob (“Y tú has dicho: Yo te haré bien” Génesis 32:12) eso nos aliviaría en cualquier problema.

En séptimo lugar, podemos calmar nuestro tembloroso corazón registrando y pensando en nuestras pasadas experiencias, en las que Dios fue fiel y cuidó de nosotros en los problemas del pasado. Esas experiencias son alimento para nuestra fe en el desierto.

Mediante esto David guardó su corazón en tiempos de peligro, y también Pablo el suyo. Cuando alguien le dijo que sus enemigos acechaban para quitarle la vida, un santo contestó: “Si Dios no cuidase de mí, ¿Cómo habría escapado hasta ahora?”. Podemos rogar a Dios sobre las experiencias pasadas pidiéndole las nuevas, porque pedir a Dios que nos libre de nuevo es como pedir que nos perdone otra vez.

Notemos como Moisés le ruega a Dios sobre esa base: “Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí” (Números 14:19). Él no dice como otros hombres: “Señor, está es su primera falta, nunca te han molestado antes para que los perdones”, sino “Señor, ya que los has perdonado tan a

menudo, te pido que los perdones una vez más”. Del mismo modo, ante nuevas dificultades el creyente puede decir: “Señor, a menudo has escuchado, ayudado y salvado, en años pasados lo has hecho. Por tanto, ayúdame otra vez, porque en ti hay abundante redención y tu brazo no se ha acortado”.

En octavo lugar, encontremos satisfacción en el hecho de que estamos en el camino del deber, y eso nos dará un coraje santo en tiempos de peligro. “¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?” (1 Pedro 3:13). O si alguien intenta hacernos daño, sigamos el consejo de Pedro “encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien” (1 Pedro 4:19).

Considerar esto es lo que hizo que el espíritu de Lutero se elevase por sobre todo temor. Él dijo: “En la causa de Dios, siempre soy, y siempre seré fuerte. En ello asumo este título ‘no me inclinaré ante nadie’”. Una buena causa hará que el espíritu de un hombre se levante. Escuchemos el dicho de un incrédulo para vergüenza de los cristianos: Cuando el emperador Vespasiano ordenó a Fluidus Priseus que no viniese al senado, o que si viniera, no hablase nada excepto lo que él le dijese, el senador respondió noblemente que “era un senador, y lo adecuado es que estuviese en el senado, y que, estando allí, se exigía que diese su consejo, y que hablaría libremente aquello que su conciencia le dictase”. Al amenazarle el emperador con que entonces moriría, él contestó: “¿Acaso le dije alguna vez que fuese inmortal? Haga lo que desee, y yo haré lo que es debido. Está en su poder matarme injustamente, y en mi poder el morir con constancia”.

La justicia es una coraza: que tiemble aquel a quien el peligro lo encuentre fuera de la senda del deber.

En noveno lugar, rociemos la conciencia con la sangre de Cristo para limpiarla de toda culpa, y eso pondrá nuestros corazones por encima de todo temor. Es la culpa sobre nuestra conciencia la que hace que nuestros espíritus se acobarden y se ablanden: “El justo está confiado como un león” (Proverbios 28:1).

Fue la culpa en la conciencia de Caín la que lo hizo clamar “sucederá que cualquiera que me hallare, me matará” (Génesis 4:14). Una conciencia culpable se aterroriza más con los peligros que imagina que una conciencia pura por los peligros reales. Un pecador culpable lleva un testigo contra sí mismo en su mismo seno.

Fue el culpable Herodes el que clamó “Juan Bautista ha resucitado de entre los muertos” (Mateo 14:2). Una conciencia así es el yunque del diablo, donde él fabrica todas las espadas y lanzas con las que el pecador culpable se daña a sí mismo. La culpa es para los peligros lo que el fuego es para la pólvora: no hay que tener temor de caminar entre muchos barriles de pólvora si no llevamos fuego con nosotros.

En décimo lugar, ejercitemos una santa confianza en tiempos de gran desconcierto. Hagamos que nuestro negocio sea confiar a Dios nuestra vida y comodidades, y así nuestro corazón descansará con respecto a eso. Así hizo David: “En el día que temo, Yo en ti confío” (Salmos 56:3) es decir “Señor, si en algún momento se levanta una tormenta, me refugiaré bajo el cobijo de tus alas”.

Acerquémonos a Dios en actos de fe y confianza, y no dudemos nunca de que Él nos mantendrá seguros: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado” (Isaías 26:3). Dios se agrada cuando vamos a Él de esa forma: “Padre, mi vida, mi libertad y mi posición están en peligro, no puedo asegurarlas, deja que las ponga en tus manos”. El pobre se abandona a ti, y ¿acaso le falla su Dios? No, Él es el ayudador de los huérfanos. Eso significa que es el ayudador del desamparado, del que no tiene a nadie sino a Dios. Este es un pasaje reconfortante: “No tendrá temor de malas noticias; Su corazón está firme, confiado en el Señor” (Salmos 112:7). El pasaje no dice “su oído será preservado de las malas noticias”, el justo escuchará las mismas noticias tristes que otros hombres, pero su corazón será guardado del terror de estas cosas. Su corazón está asegurado.

En undécimo lugar, pensemos más en honrar el cristianismo y menos en nuestra seguridad personal. ¿Es que acaso creemos que honra al cristianismo el que seamos tan temerosos como liebres que huyen al primer sonido? ¿No tentaríamos esto al mundo a pensar que, a pesar de lo que digamos, nuestros principios no son mejores que los de otros hombres? ¡Cuánto mal haría que nuestros temores fuesen descubiertos delante de ellos!

Nehemías dijo con nobleza: “¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién, que fuera como yo, entraría al templo para salvarse la vida?” (Nehemías 6:11). ¿No sería mejor morir que hacer que el mundo tuviese prejuicios contra Cristo debido a nuestro ejemplo? Porque el mundo, que juzga más por lo que ve de nuestras prácticas que por lo que entiende de nuestros principios, concluiría de nuestro temor que, a pesar de que nos atrevemos a recomendar la fe y hablamos de seguridad, no nos atrevemos a confiar en esas cosas más de lo que ellos confían cuando vienen las pruebas.

No dejemos que nuestros temores pongan una pieza de tropiezo tan grande frente a un mundo que está ciego.

En duodécimo lugar, el que asegura a su corazón del temor, debe primero asegurar su alma eterna en las manos de Jesucristo. Cuando se hace esto, podemos decir “ahora mundo, haz lo peor que tengas”. No seremos tan solícitos a un cuerpo vil cuando estamos asegurados por toda la eternidad en nuestra preciosa alma. “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28)

El cristiano que está seguro puede sonreír con desdén sobre todos sus enemigos y decir: “¿Es esto lo peor que podéis hacer?” ¿Qué es lo que decimos nosotros como cristianos? ¿Estamos asegurados de que nuestra alma está a salvo, y que momentos después de nuestra disolución será recibida por Cristo en una morada eterna? Si estamos seguros de eso, nunca nos preocupemos por el instrumento y medio de nuestra muerte.

En decimotercer lugar, aprendamos a apagar todos los temores que nos esclavizan a las criaturas con el temor reverente hacia Dios.

Es una cura por distracción. Es un ejercicio de sabiduría cristiana desviar aquellas pasiones del alma que más predominan hacia canales espirituales. Cambiar la ira natural por celo espiritual, la alegría natural en alegría santa, y el

temor natural en un terror santo y asombro hacia Dios. El método de cura que Cristo prescribe en el capítulo 10 de Mateo es similar al que vemos en Isaías 8:12-13 “No temáis lo que ellos temen” Pero ¿cómo podremos evitarlo? “Al Señor de los ejércitos, a Él santificad, sea el vuestro temor, y sea Él vuestro miedo”.

El temor natural puede disiparse mediante la razón natural, o eliminando la ocasión que lo produce. Pero entonces es como la llama de una vela soplada por un suspiro, que vuelve a encenderse con facilidad. Pero si es el temor de Dios lo que lo extingue, es como una llama apagada por agua, que no puede encenderse de nuevo.

En decimocuarto lugar, derramemos en oración a Dios aquellos temores que el diablo o nuestra propia incredulidad derraman sobre nosotros en tiempos de peligro. La oración es el mejor escape para el miedo. ¿Dónde hay algún cristiano que no pueda poner su sello sobre este consejo?

Daremos el mayor ejemplo para animarnos a cumplir con esto: el ejemplo de Jesucristo mismo. Cuando la hora de su peligro y muerte se acercó, Él fue al jardín, separado de sus discípulos, y allí luchó intensamente con Dios en oración, hasta la agonía, en referencia a lo cual el apóstol dice: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente” (Hebreos 5:7). Fue oído en cuanto a recibir fuerzas y apoyo para llevarlo a través de ello, aunque no en cuanto a la liberación o el ser eximido. ¡Oh que estas cosas permanezcan en nosotros y se puedan llevar a la práctica en estos días malos! y que muchos temblores se puedan establecer por ellas.

5. El tiempo de necesidades externas

Aunque en tales tiempos deberíamos quejarnos a Dios, y no de Dios, (el trono de gracia se levanta para el “tiempo de necesidad”), cuando las aguas del alivio son poco profundas, y la necesidad empieza a presionarnos, ¡cuánto se inclinan hasta los mejores corazones a desconfiar de la fuente!

Cuando la comida de la despensa y el aceite de la jarra están casi gastados, nuestra fe y paciencia también se gastan. Ya de por sí es difícil mantener el corazón orgulloso e incrédulo en una calma santa y una sumisión dulce a los pies de Dios. Es fácil hablar de confiar en Dios para el pan de cada día mientras tenemos un granero o una cartera llena. Pero decir como dijo el profeta, “Aunque la higuera no florezca ni en las vides haya fruto, con todo yo me gozaré en el Señor” (Habacuc 3:17-18), seguramente no es tan fácil.

¿Sabríamos como un cristiano puede guardar su corazón de la desconfianza hacia Dios o de resentirse contra él en los momentos en que la sentimos o tememos la necesidad externa?

Este caso merece ser considerado seriamente, especialmente ahora, ya que parece ser designio de la providencia vaciar al pueblo de Dios de su llenura como criaturas, y hacer que conozcan las dificultades para las que han sido extraños hasta ahora. Para asegurar el corazón de los peligros que vienen con

esta condición, las siguientes consideraciones podrían probar ser efectivas mediante la bendición del Espíritu.

En primer lugar, Si Dios nos reduce a la necesidad, no está haciendo algo con nosotros que no haya hecho ya con algunos de los hombres más santos de la historia. Nuestro caso no es particular, y aunque hayamos sido unos extraños a la necesidad, otros creyentes han llegado a familiarizarse con ella.

Escuchemos lo que dice Pablo, no solamente de sí mismo, sino en nombre de otros santos que se han visto reducidos a exigencias similares: “Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija” (1 Corintios 4:11). Ver a un hombre como Pablo ir de un lado al otro del mundo desnudo, hambriento y sin hogar, a uno que estaba muy por encima de nosotros en gracia y santidad, a alguien que hacía más servicio por Dios en un día que quizás todo el que hemos hecho nosotros en nuestra vida entera, muy bien puede poner fin a nuestras quejas.

¿Hemos olvidado cuánto sufrió David incluso? ¿Lo grande que eran sus dificultades? “te ruego que des”, le dice a Nabal, “lo que tuvieres a mano a tus siervos, y a tu hijo David”. Pero ¿por qué hablar de esto? Contemplemos a uno mucho más grande que cualquiera de ellos, el Hijo de Dios, *que es heredero de todas las cosas y por quien los mundos fueron creados*. A veces hubiese estado contento con cualquier cosa porque no tenía nada que comer “Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo...” (Marcos 11:12-13).

Por tanto, en una situación así, no es que Dios haya puesto sobre nosotros una marca de odio, ni podemos inferir que hay escasez de *amor* porque haya escasez de *pan*. Cuando nuestro quejumbroso corazón pregunte “¿Ha habido alguna vez una pena como la mía?” preguntemos a esas dignas personas, y ellos nos dirán que, aunque ellos no se quejaron como nosotros, su condición fue de tanta necesidad como la nuestra.

En segundo lugar, Si Dios no nos ha dejado en esta condición sin promesas, no tenemos razones para quejarnos o desfallecer en ella.

Es una condición triste la de aquellos que no tienen ninguna promesa. Calvino en su comentario sobre Isaías 9:1 explica en qué sentido la oscuridad de la cautividad no era tan grande como la que produjeron las incursiones menores de Tiglat Pileser. En la cautividad, la ciudad fue destruida y el templo quemado con fuego: no hubo ni punto de comparación en la *aflicción*, sin embargo la *oscuridad* no fue tan grande, porque, según dice él “había una cierta *promesa* en este caso, pero ninguna en el otro”. Es mejor estar tan bajo como los infiernos con una promesa, que estar en el paraíso sin una. Incluso la oscuridad del infierno mismo no sería oscuridad comparativamente hablando si hubiese una promesa de iluminarlo.

Ahora, Dios ha dejado muchas dulces promesas para que la fe de su pueblo pobre pueda mantenerse viva en esa condición, tales como éstas: “Temed al Señor, vosotros sus santos, Pues nada falta a los que le temen. Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; Pero los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien” (Salmos 34:9-10). “Los ojos del Señor están sobre los justos, ... para darles vidas en tiempo de hambre” (Salmos 33:18-19). “No quitará el bien

a los que andan en integridad” (Salmos 84:11). “Aquel que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros ¿Cómo no nos dará también con Él todas las cosas?” (Romanos 8:32). “Los afligidos y menesterosos buscan las aguas, y no las hay; seca está de sed su lengua; yo el Señor los oiré, yo el Dios de Israel no los desampararé” (Isaías 41:17). Aquí podemos ver sus extremas necesidades, que hasta les es necesaria el agua para la vida, y también vemos su cierto alivio: “Yo el Señor los oiré”, por lo que suponemos que claman a Él en su desesperación, y Él escucha el clamor de ellos.

Teniendo por tanto estas promesas, ¿Por qué no habría de concluir nuestro desconfiado corazón, como lo hizo el de David: “El Señor es mi pastor, nada me faltará”? Pero estas promesas implican condiciones: si fuesen absolutas, proporcionarían más satisfacción. Las condiciones tácitas de las que hablamos son que Él o bien suplirá, o santificará nuestras necesidades, de modo que tendremos tanto como Dios considere adecuado para nosotros. ¿Acaso nos preocupa esto? ¿Seremos capaces de recibir la misericordia, sea o no santificada? ¿Ya sea que Dios la considere adecuada o no para nosotros?

Los apetitos de los santos por cosas terrenales no son tan voraces como para aferrarse codiciosamente a algo que disfrutan si no existen circunstancias para ello. Pero cuando la necesidad aprieta, y no podemos ver de dónde llegará la provisión, nuestra fe en las promesas se tambalea, y, como el murmurador Israel, clamamos: “Él dio aguas, ¿podrá también dar pan?” (Salmos 78:20). ¡Oh corazón incrédulo! ¿Cuándo han fallado sus promesas? ¿Quedó avergonzado alguno que confiase en ellas?

Que el Señor no nos reprenda por nuestra irrazonable infidelidad, como en Jeremías 2:31: “¿He sido yo un desierto para Israel?”, o como Cristo dijo a sus discípulos: “Desde que estuve con vosotros ¿os faltó algo?” (Lucas 22:35). Sí, no nos hagamos reprochables, no digamos con el viejo Policarpo: “Todos estos años he servido a Cristo, ¿y encontré que fuese un buen Señor?”. El puede negarnos lo que *creemos necesitar*, pero no lo que verdaderamente necesita nuestra *necesidad*. Él no prestará atención al clamor de nuestros *deseos*, pero no despreciará el clamor de nuestra fe. Aunque no satisfará nuestros *caprichosos apetitos*, no violará sus propias y *fieles promesas*.

Estas promesas son nuestra mejor seguridad para la *vida eterna*; y sería extraño que no pudiesen satisfacernos como nuestro *pan diario*. Recordemos las palabras del Señor, y tengamos solaz en nuestro corazón con ellas en medio de todas nuestras necesidades.

Se dice de Epicuro que en el aterrador paroxismo de su enfermedad, a menudo se refrescaba recordando sus invenciones en la filosofía, y de Posidonio el filósofo, que en una aflicción aguda se consolaba con discursos de virtud moral, y que cuando estaba en malestar decía: “Oh dolor, no me haces nada; aunque eres un poco molesto, nunca diré que seas malo”. Si en base a estas cosas ellos podían afirmarse estando bajo dolores tan intensos, y engañaban a sus enfermedades, ¿cuánto más deberían las promesas de Dios y las dulces experiencias que van paso a paso con ellas hacernos olvidar todas nuestras necesidades y consolarnos en cada dificultad?

En tercer lugar, aunque el momento presente sea malo, podría haber sido peor. ¿Nos ha negado Dios las comodidades de esta vida?, también nos podía

haber negado a Cristo, la paz y el perdón. Y entonces nuestro caso sí que sería lamentable.

Sabemos que Dios ha hecho eso con millones. ¿Cuántas personas rotas podemos contemplar cada día con nuestros ojos, que no tienen a mano ninguna esperanza ni consuelo, que son desgraciadas aquí y también lo serán en la eternidad? ¿Cuántos que tienen una copa amarga y no tienen nada para endulzarla? ¿Cuántos que no tienen ninguna esperanza de que las cosas serán mejores?

Pero no sucede así con nosotros: aunque seamos pobres en este mundo, somos “ricos en fe y herederos del reino que ha prometido” (Santiago 2:5). Aprendamos a poner las riquezas espirituales por encima de la pobreza temporal. Equilibremos todos nuestros problemas presentes con nuestros privilegios espirituales.

De cierto, si Dios hubiese negado a nuestra alma el manto de justicia para *vestirla*, el maná escondido, y la mansión celestial para *recibirla*, sería posible estar tristes al considerar que podría no darnos consuelo en medio de los problemas externos. Cuando Lutero comenzó a verse apretado por la necesidad dijo: “Estemos contentos con nuestra dura situación, porque ¿acaso no tenemos un banquete en Cristo, el pan de vida?”, “Bendito sea el Dios” (dijo Pablo) “que nos bendijo con toda bendición espiritual” (Efesios 1:3)

En cuarto lugar, aunque esta aflicción sea grande, Dios tiene una mucho mayor con la que disciplina en este mundo a los muy amados de su alma.

Si el quitara nuestras aflicciones presentes y nos diese las otras, consideraríamos que nuestro estado actual es muy cómodo y bendeciríamos a Dios por estar como estamos. Si Dios nos quitara los problemas actuales, supliera todas nuestras necesidades externas, y nos diera el deseo de nuestro corazón en cuanto a comodidades terrenales, pero escondiera su rostro de nosotros, disparara sus flechas en nuestra alma y el veneno de estas lo bebiese nuestro espíritu, si nos dejase tan solo unos cuantos días para que Satanás nos abofeteara, si mantuviese abiertos nuestros ojos solo unas cuantas noches, despertándonos con el terror de la conciencia, agitados hasta el final del día, si nos llevase por los cuartos de la muerte, si nos mostrase visiones de oscuridad e hiciese que sus terrores se alinearan contra nosotros, entonces ¿no pensaríamos que es una gran misericordia volver a nuestra antigua condición de necesidad, en la que teníamos paz de conciencia y una medida de pan y agua con el favor de Dios, y al fin y al cabo un estado feliz?

Entonces tengamos cuidado de no quejarnos. No digamos que Dios nos trata con dureza, no sea que lo provoquemos a convencernos en nuestro propio sentir, que tiene varas peores para los hijos insumisos y perversos.

En quinto lugar, mejorará pronto.

Guardemos el corazón pensando en esto, ‘la comida de la despensa está casi agotada, bueno, si es así ¿por qué debería preocuparme si estoy casi en el punto de no necesitar ni utilizar tales cosas?’. El viajero ha gastado casi todo su dinero; ‘bueno’, dice él, ‘a pesar de que mi dinero está casi gastado, mi viaje casi ha terminado: estoy cerca de casa, y pronto seré suplido’.

Si no hay luces en la casa, es un consuelo pensar que es ya casi de día, y que no habrá necesidad de ellas. Me temo que muchos cristianos, cuando piensan que su provisión está casi agotada, que les quedan muchos años de viaje, y que no tienen nada de lo que vivir, no se dan cuenta de que pueden no quedarles tantos años como suponen.

Tengamos confianza en esto: si nuestra provisión se agotó, es que o bien van a llegar provisiones nuevas (aunque no sepamos de dónde) o estamos más cerca del final de nuestro viaje de lo que suponemos. Alma entristecida, ¿debe alguien estar tan ansioso por un poco de comida, bebida y vestido que teme necesitar por el camino, cuando está de camino a la ciudad celestial y casi ha llegado? ¿Cuando en pocos días de viaje llegará a la casa del Padre donde todas sus necesidades serán cubiertas? Bien dijeron los cuarenta nobles mártires cuando acabaron muertos de hambre y desnudos en una noche helada: “El invierno es de cierto afilado y frío, pero el cielo es cálido y confortable; aquí temblamos de frío, pero el seno de Abraham compensará por todo esto”.

‘Pero’ dirá el alma desanimada, ‘podría morir de necesidad’. ¿A quién le sucedió eso alguna vez? ¿Cuando fue desamparado el justo? Si de verdad llega a ser así, nuestro camino terminó, y fuimos provistos de todo. ‘Pero no estoy seguro de eso; si estuviese seguro del cielo, sería otra cuestión’. En caso de que no estemos seguros de ir camino al cielo, tenemos otros asuntos de que preocuparnos que son más importantes. La necesidad debería ser el menor de nuestros problemas.

Las almas que están preocupadas por la necesidad de Cristo y del perdón de pecados normalmente no lo están mucho por otras cosas. El que con seriedad se pregunta “¿qué debo hacer para ser salvo?” o “¿cómo puedo saber que mi pecado es perdonado?” no se preocupa con preguntas como “¿Qué comeré, qué beberé o de dónde me voy a vestir?”.

En sexto lugar, ¿Está bien que los hijos de un Padre como el nuestro desconfíen de su total suficiencia y se quejen de sus dispensaciones? ¿Hacemos bien en cuestionarnos su cuidado y amor por encima de cada nueva exigencia?

¿Acaso no nos hemos visto avergonzados por esto antes? ¿No nos ha alcanzado la provisión a tiempo de nuestro Padre en dificultades anteriores y ha hecho que nos propongamos nunca más cuestionarnos su amor y cariño? ¿Y renovaremos de nuevo nuestras indignas sospechas acerca de Él?

¡Somos como niños poco sinceros! Pensemos en esto: Si perezco por necesidad de lo que es bueno y necesario para mí, debe ser bien porque mi Padre no conoce mis necesidades, porque no tiene de dónde suplirlas, o porque no se preocupa por lo que me pueda pasar. ¿De cuál de estas cosas le acusaré? De la primera no, porque *mi Padre sabe de lo que tengo necesidad*. Tampoco de la segunda: *porque del Señor es la tierra y su plenitud, su nombre es Dios Todoficiente*. Ni de la última, porque *Como el padre se compadece de los hijos, Se compadece el Señor de los que le temen* (Salmos 103:13). *El Señor es muy misericordioso y compasivo* (Santiago 5:11) *Él da a los hijos de los cuervos que claman* (Salmos 147:9). ¿Y no nos escuchará a nosotros?

Considerad, dice Cristo, *las aves del cielo*; no las aves que están en la puerta y que son alimentadas cada día a bandadas, sino las aves del cielo que no tienen a nadie que les provea. Dios alimenta y viste a sus enemigos, ¿y olvidará a sus hijos? ¡Él escucha hasta el llanto de Ismael en su aflicción! (Génesis 21:16-17).

Oh, incrédulo corazón mío ¿todavía sigues dudando?

En séptimo lugar, el pecado no está en la pobreza, sino en la aflicción.

Si no has caído en pobreza por pecar, y si solamente se trata de una aflicción, puede ser sobrellevada de manera más fácil. Es difícil soportar una aflicción si viene como fruto y castigo por un pecado. Cuando tenemos problemas por ese motivo, decimos “¡Oh, si tan solo fuese una aflicción que viene de la mano de Dios como prueba, la podría soportar!, pero ha venido sobre mi debido a mi pecado, es un castigo por el pecado. La marca del desagrado de Dios está sobre ella. Es la culpa en medio de ella la que me amarga más que la necesidad sin esa culpa”. Pero si este no es el caso, no tenemos razones para sentirnos deprimidos.

Alguien podría decir ‘Pero, aunque el problema no sea la culpa, esta situación tiene otros problemas, como, por ejemplo, el descrédito del cristianismo. No puedo cumplir con mis compromisos con el mundo, y por eso el cristianismo probablemente sea desacreditado’. Es bueno que tengamos en el corazón cumplir con cada deber. Pero si Dios nos inhabilita mediante su providencia, no es un descrédito para nuestra profesión el hecho de no hacer lo que no podemos, siempre y cuando nuestro deseo y esfuerzo sea hacer lo que podemos y debemos hacer. En este caso es la voluntad de Dios que la indulgencia y paciencia hacia nosotros sea ejercida.

También se podría decir: “Me apena contemplar las necesidades de otros, a los que yo solía aliviar, pero ahora no puedo”. Si no podemos hacerlo, deja de ser nuestro deber, y Dios acepta que entreguemos nuestra alma al que está hambriento de compasión, y que deseemos ayudarle, aunque no podamos suplirlos y aliviarlos materialmente.

Otra cosa que se podría alegar es: ‘Encuentro que esta condición está llena de tentaciones, y que es un gran obstáculo para el camino hacia el cielo’. Toda situación en el mundo tiene sus obstáculos y tentaciones, y si fuésemos prósperos, tendríamos más tentaciones y menos ventajas que ahora. Porque, aunque tanto la pobreza como la riqueza tienen sus tentaciones, estoy seguro que la prosperidad no tiene las ventajas que tiene la pobreza. En ella hay una oportunidad para descubrir la sinceridad de nuestro amor hacia Dios, cuando podemos vivir apoyados en Él, encontrar en Él lo suficiente, y seguirle constantemente, incluso cuando todos los atractivos y motivos externos fallan.

Así pues, hemos visto cómo guardar el corazón de las tentaciones y peligros de una situación humilde en el mundo. Cuando la necesidad oprime y el corazón comienza a hundirse, bendigamos a Dios por estas ayudas para guardarlo.

6. El tiempo de reunirnos con Dios

Nuestros corazones han de ser guardados y vigilados de cerca cuando nos acercamos a Dios pública, privada, o secretamente, porque la vanidad del corazón se descubre, con frecuencia, más en esos momentos. Muy a menudo nuestra pobre alma clama: “Oh Señor, con cuánto agrado te serviría, pero los pensamientos vanos no me dejan. Vengo a ti con mi corazón abierto, para deleitar mi alma en comunión contigo, pero mi corrupción se me opone. Señor, haz que esos vanos pensamientos se vayan, y no dejes que estrangulen este alma que está desposada contigo”.

La pregunta entonces es: ¿Cómo puede el corazón guardarse de las distracciones de los vanos pensamientos en los tiempos de nuestra comunión con Dios? Hay una distracción o un vagar doble del corazón en estos momentos.

Una distracción voluntaria o habitual. “No dispuso su corazón, Ni fue fiel para con Dios su espíritu” (Salmos 78:8). Este es el caso de los formalistas, y proviene de la falta de inclinación del corazón hacia Dios. Sus corazones están bajo el poder de sus pasiones, y por eso no es de extrañar que vayan detrás de ellas, incluso cuando están en medio de las cosas santas.

Las distracciones involuntarias y lamentadas, “Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí ... ¡Miserable de mí!” (Romanos 7:21, 24). Esto no se produce por una falta de inclinación o de objetivos santos, sino por la debilidad de la gracia y la falta de vigilancia a la hora de oponerse al pecado que permanece en nosotros.

Pero nuestro objetivo no es mostrar como estas distracciones entran en el corazón, sino más bien cómo sacarlas de él, y prevenir que vuelvan a entrar en el futuro.

En primer lugar, apartémonos de todas las ocupaciones temporales, y dejemos un tiempo para encontrarnos solemnemente con Dios. No podemos pasar del mundo a la presencia de Dios sin encontrar un resabio de mundo en nuestras oraciones. Con el corazón, cuando solo hace unos minutos que ha estado sumergido en el mundo, sucede como con el mar después de una tormenta. Continúa moviéndose, agitado y turbio aunque el viento se haya ido y la tormenta haya terminado.

El corazón necesita algún tiempo para asentarse. Pocos músicos pueden tomar un instrumento y tocar sin dedicar algo de tiempo a afinarlo. Pocos cristianos pueden decir como David: “Mi corazón está dispuesto, Oh Dios, está dispuesto” (Salmos 57:7). Cuando nos acerquemos a Dios, apartemos el corazón y digamos: “Oh, alma mía, ahora estoy ocupada en la mayor labor que puede tener una criatura, voy a entrar en la impresionante presencia de Dios a dedicar un momento eterno. Alma mía, deja ahora las cosas sin importancia. Prepárate y sé vigilante y seria. Esta no es una labor corriente, es una labor del alma, una labor para la eternidad. Es la labor que dará fruto para vida o muerte en el mundo por venir”.

Hagamos una pausa y consideremos nuestros pecados, nuestras necesidades, nuestros problemas. Mantengamos esos pensamientos por un momento antes de abordar nuestro encuentro con Dios. David murmuraba primero, y luego hablaba con su lengua.

En segundo lugar, después de haber preparado el corazón por la meditación previa, pongamos una guardia sobre nuestros sentidos. ¡Cuántas veces los cristianos corren el peligro de perder los ojos de la mente por culpa de la distracción de los ojos del cuerpo!

David oró contra esto: “Aparta mis ojos, que no vean la vanidad; Avívame en tu camino” (Salmos 119:37). Eso podría servir para exponer el proverbio árabe: “Cierra las ventanas para que la casa esté iluminada”. Estaría bien si pudiésemos decir al comienzo como un hombre santo dijo una vez al volver de sus oraciones: “Cerraos, ojos míos, cerraos; porque es imposible que jamás podáis discernir tanta belleza y gloria en ninguna criatura como la que acabo de ver en Dios”.

Hemos de evitar todas las ocasiones de distracción externa, e involucrar esa intensidad del espíritu en la obra de Dios, que cierra con llave los ojos y los oídos a la vanidad.

En tercer lugar, roguemos a Dios por una actitud mortificada. Una imaginación laboriosa (dijo alguien) por mucho que sea exaltada entre los hombres, es una gran trampa para el alma, excepto que trabaje en comunión con un razonamiento correcto y un corazón santificado.

La actitud es una facultad del alma, que se coloca entre los sentidos y el entendimiento. Es lo primero que estimula el alma, y por su acción las facultades del alma se ponen en marcha. Es allí donde primero se forman los pensamientos, y tal como sea aquella, son estos. Si la actitud no es mansa primero, es imposible que todos los pensamientos del corazón puedan llevarse a la obediencia a Cristo.

La actitud es de manera natural la facultad más salvaje e indomable del alma. Algunos cristianos tienen mucho que ver con ello, y cuanto más espiritual es el corazón, más lo perturba y confunde una actitud e imaginación salvaje y llena de vanidad.

Es triste que nuestra actitud evite que el alma preste atención a Dios cuando está involucrada en la comunión con Él. Oremos con seriedad y perseverancia porque nuestra actitud sea disciplinada y santificada, y cuando consigamos esto, nuestros pensamientos estarán regulados y dispuestos.

En cuarto lugar, si queremos guardar el corazón de vanas excursiones cuando estamos en medio de nuestra comunión con Dios, tomemos conciencia y pongamos fe en la impresionante y santa presencia de Dios. Si la presencia de alguien serio nos haría ponernos serios, ¿Cuánto más debería provocarnos a eso la presencia de un Dios santo? ¿Acaso nos atreveríamos a estar alegres y despreocupados si fuésemos conscientes de la inspección y presencia del Divino Ser?

Recordemos en qué lugar nos encontramos cuando estamos inmersos en comunión, y actuemos como si de verdad creyésemos en la omnisciencia de Dios. “Antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Tomemos conciencia de su infinita santidad, su pureza, su espiritualidad. Esforcémonos por conseguir esa conciencia de la grandeza de Dios, porque afectará a nuestro corazón y nos hará recordar el celo que Él tiene por la adoración. “Esto es lo que habló el

Señor, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (Levítico 10:3).

Bernard dice: “Alguien que está en oración debería comportarse como si estuviese entrando a la corte del cielo, en la que se encuentra con el Señor sobre su trono, rodeado por diez mil de sus ángeles y santos que le ministran”. Cuando llegamos de una actividad en la que el corazón ha estado distraído y desprevenido, ¿qué podemos decir? Supongamos que todas las vanidades e impertinencias que han pasado por nuestra mente durante la oración se escribiesen mezcladas con nuestras peticiones. ¿Con qué cara las presentaríamos a Dios? Si nuestra lengua pronunciase todos los pensamientos que pasan por nuestro corazón cuando estamos en el culto a Dios ¿No se aterrará la gente al oírlas?

Y, sin embargo, Dios conoce perfectamente nuestros pensamientos. Meditemos en esta palabra de Las Escrituras: “Dios temible en la gran congregación de los santos, Y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él” (Salmos 89:7) ¿Por qué descendió el Señor en truenos, rayos y nubes oscuras sobre el monte Sinaí? ¿Por qué humearon los montes bajo Él y el pueblo se agitó y tembló, sin la excepción de Moisés? Para enseñar al pueblo esta gran verdad: “Sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:28-29). Esa comprensión del carácter y la presencia de Dios reducirá nuestro corazón, que se inclina a la vanidad, a una disposición más seria.

En quinto lugar, Mantengamos una disposición de oración en los intervalos en que no estamos reunidos con él.

¿A qué razón podemos atribuir que cuando oramos nuestros corazones sean tan sordos, tan descuidados y vagabundos, sino a los grandes intervalos que hay entre nuestros tiempos de comunión con Dios?

Si esa unción divina, ese fervor espiritual y esa impresión santa que tenemos cuando estamos en comunión, fuese preservada y avivada para el siguiente tiempo con Dios, tendría un valor incalculable a la hora de mantener nuestros corazones serios y devotos. Con este propósito, las oraciones frecuentes entre los distintos tiempos formales de comunión, tienen una utilidad excelente. No solo preservan la mente en una disposición piadosa y ordenada, sino que conectan un tiempo de comunión con el siguiente, y mantienen la atención del alma viva en sus intereses y obligaciones.

En sexto lugar, si queremos evitar la distracción de nuestros pensamientos, esforcémonos por despertar nuestro afecto por Dios y por involucrarlo cálidamente en los tiempos de comunión.

Cuando el alma se enfoca en su trabajo, reúne toda su fuerza e inclina todos sus pensamientos a esa obra. Y cuando de verdad está profundamente emocionada, buscará su objetivo con intensidad, los afectos ganarán preferencia sobre los pensamientos y los guiarán. Pero la falta de vida produce distracción, y la distracción aumenta esa falta de vida. Si tan solo pudiésemos considerar que nuestros tiempos de culto a Dios son los medios mediante los cuales podemos caminar en comunión con Él, en los que nuestra alma puede llenarse con deleites arrebatadores y sin igual producidos por su presencia, no nos sentiríamos inclinados a descuidarlos.

Pero si queremos evitar la recurrencia de los pensamientos que nos distraen, si queremos encontrar nuestra felicidad en nuestros tiempos de oración, culto y adoración, hemos de preocuparnos, no solamente de involucrarnos en estos tiempos, sino de esforzarnos con paciencia y perseverancia por lograr que nuestros sentimientos se interesen en ellos. ¿Por qué es tan inconstante nuestro corazón, especialmente en nuestros tiempos con Dios en lo secreto? ¿Por qué estamos siempre listos para irnos casi tan pronto como entramos a la presencia de Dios, sino es porque nuestras emociones no se involucran en ello?

En séptimo lugar, Cuando nos vemos molestados por vanos pensamientos, humillémonos delante de Dios y pidamos su ayuda desde el Cielo.

Cuando el mensajero de Satanás abofeteaba a San Pablo con malvadas sugerencias (como se supone que hacía), él se lamentaba delante de Dios acerca de ello. No consideremos nunca que las ligeras desviaciones de nuestra mente en los tiempos de comunión algo sin importancia, acompañemos cada pensamiento de ese tipo con un profundo arrepentimiento.

Volvámonos a Dios con palabras como estas: “Señor, he venido aquí a tener comunión contigo, y me encuentro con que el adversario está ocupado conspirando con mi vano corazón para oponerse a mí. ¡Oh mi Dios! ¿Cómo será este corazón que nunca puedo esperar en ti sin ser distraído? ¿Cuándo disfrutaré de una hora de comunión libre contigo? Concédeme tu ayuda en esto, descubre ante mí tu gloria, y mi corazón se recuperará rápidamente. He venido aquí a disfrutar de ti, ¿y he de irme de este lugar sin ti? ¡Mira mi desesperación y ayúdame!” Si podemos lamentar nuestras distracciones lo suficiente y recurrir a Dios para que nos libre de ellas, obtendremos alivio.

En octavo lugar, consideremos que el éxito y el consuelo que nos proporcione la comunión con Dios dependen mucho de mantener nuestra atención cerca de Dios en esos tiempos.

Estas dos cosas, el éxito de nuestro tiempo con Dios y el consuelo interior que proviene de ello, son algo muy deseado por el cristiano. Pero ambas cosas se perderán si el corazón se encuentra en un estado de indisposición. “Ciertamente Dios no oirá la vanidad, Ni la mirará el Omnipotente” (Job 35:13). A un corazón que se involucra se le hace la promesa: “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jeremías 29:13).

Cuando encontramos que nuestro corazón está dominado por la falta de vida y la distracción, digámonos: “¡Lo que me estoy perdiendo ahora mismo por mi corazón descuidado! Mis tiempos de oración son la porción más valiosa de mi vida: Si pudiese elevar mi corazón a Dios, obtendría tales misericordias que podría estar alabando por ellas toda la eternidad”.

En noveno lugar, consideremos nuestro cuidado o descuido en este asunto como una gran evidencia de nuestra sinceridad o hipocresía.

Un corazón recto se alarmará por esto más que por cualquier otra cosa y dirá “¿Cómo? ¿Voy a consentir que sea habitual que mi corazón se aleje de Dios? ¿Dejaré que las marcas de un hipócrita aparezcan en mi alma? Ciertamente los hipócritas pueden descuidarse en sus tiempos de reunión con Dios, y no preocuparse nunca por el estado de sus corazones. Pero ¿haré yo lo mismo? Nunca. Nunca estaré satisfecho con tiempos de comunión vacíos. Nunca

dejaré que algo me aparte de la oración hasta que mis ojos hayan visto al Rey, al Señor de los ejércitos”.

En décimo lugar, será especialmente útil para mantener nuestro corazón con Dios en medio de la oración, el considerar la influencia que nuestras oraciones tendrán en la eternidad.

Nuestros tiempos con Dios son tiempos de semilla, y en el otro mundo recogeremos los frutos de las semillas que hemos plantado aquí. Si sembramos para la carne, cosecharemos corrupción. Si sembramos para el Espíritu, recogeremos vida eterna.

Respondamos seriamente a estas preguntas: ¿Estamos dispuestos a recoger el fruto de la vanidad en el mundo por venir? Cuando nuestros pensamientos están vagando por los extremos de la tierra durante un servicio, cuando apenas nos importa lo que decimos o escuchamos, ¿Nos atrevemos a decir: Señor, estoy sembrando para el Espíritu, estoy proveyendo y plantando para la eternidad, estoy buscando la gloria, honra e inmortalidad, esforzándome a entrar por la puerta estrecha, ¿estoy arrebatando el reino de los cielos con violencia santa!?

Estas reflexiones están bien calculadas para disipar los pensamientos vanos.

7. El tiempo en que recibimos afrentas y abusos de los hombres

La corrupción y depravación del hombre es tal, que unos se han convertido en lobos o tigres para otros. Y tal como los hombres son por naturaleza crueles y opresivos unos con otros, los impíos conspiran para abusar y hacer mal al pueblo de Dios. “Destruye el impío al más justo que él” (Habacuc 1:13).

Cuando nos hacen mal y abusan de nosotros, es difícil guardar el corazón de inclinarse a la venganza y hacer que encomiende su causa a Aquel que juzga justamente. Es difícil evitar el ejercicio de cualquier emoción pecaminosa. Nuestro espíritu desea venganza, pero no debe ser así. Tenemos la elección de tomar las ayudas del Evangelio para evitar que nuestros corazones se inclinen a acciones pecaminosas contra nuestros enemigos, y para endulzar nuestro amargo espíritu.

¿Cómo puede un cristiano guardar su corazón de emociones vengativas bajo las grandes injurias y abusos de los hombres? Cuando encontremos que el corazón comienza a inflamarse con sentimientos de venganza, reflexionemos inmediatamente en lo siguiente:

En primer lugar, pongamos sobre nuestro corazón las severas prohibiciones contra la venganza que encontramos en la ley de Dios.

A pesar de lo gratificante que pueda ser la venganza para nuestras inclinaciones corruptas, recordemos que está prohibida. Escuchemos la Palabra de Dios: “No digas: Yo me vengaré” (Proverbios 20:22) No digamos que haremos a alguien lo mismo que nos ha hecho a nosotros. “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Romanos 12:19),

por el contrario: “Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber” (Romanos 12:20)

La prohibición de la venganza, que está tan de acuerdo con nuestra naturaleza, solía ser un argumento utilizado por los cristianos para probar que su fe era pura y sobrenatural. Y sería deseable que este argumento no fuese desechado.

Impresionemos nuestro corazón con la autoridad de Dios en las Escrituras, y cuando la razón carnal diga: “Mi enemigo merece ser odiado”, dejemos que la conciencia replique: “¿Pero acaso Dios merece ser desobedecido?”, cuando diga “me ha hecho esto y lo otro, y me ha ofendido”, digamos “Pero ¿Qué me ha hecho Dios para que le ofenda?”. Si mi enemigo se atreve a quebrantar la paz descaradamente, ¿seré yo tan impío como para quebrantar el precepto? Si él no teme ofenderme, ¿no debería yo temer el ofender a Dios?

Permitamos que el temor de Dios restrinja y calme nuestros sentimientos de esta forma.

En segundo lugar, pensemos en los patrones de mansedumbre y perdón más eminentes para sentir la fuerza de su ejemplo.

Esta es la forma en que se cortan los ruegos de venganza más comunes de la carne y la sangre, tales como los siguientes:

- ‘Nadie soportaría un insulto como ese’, sí, otros han soportado insultos como esos y peores.

-‘Seré considerado un cobarde, un necio, si dejo pasar esto’, no importa, siempre y cuando sigamos el ejemplo de los hombres más sabios y santos. Nadie ha sufrido nunca abusos mayores que los que Jesús sufrió, ni ninguno soportó los insultos, reproches y todo tipo de abusos de manera más pacífica y perdonadora. Cuando era insultado, Él no insultaba, cuando sufría, no amenazaba. Cuando sus asesinos le crucificaron, oró “*Padre perdónalos*”. Y con eso nos dio ejemplo, para que sigamos sus pasos. Por tanto sus apóstoles le imitaron: “nos maldicen”, dicen ellos, “y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos” (1 Corintios 4:12-13)

He escuchado decir del santo Sr. Dod que cuando un hombre se airó a causa de su cercana y convincente doctrina, y lo atacó, le golpeó en la cara y le arrancó dos de sus dientes, ese manso siervo de Cristo escupió los dientes y la sangre en su mano y dijo: “Mire, usted me ha sacado dos dientes, y eso sin ninguna provocación justa, pero con tal de que yo pueda hacer bien a su alma, le daría permiso para sacarme el resto”. En esto se ejemplificó la excelencia del espíritu Cristiano.

Luchemos por tener este espíritu, que constituye la verdadera excelencia de los cristianos. Hagamos lo que otros no pueden hacer, ejercitemos este espíritu, y preservaremos la paz de nuestra alma, ganando victoria sobre nuestros enemigos.

En segundo lugar, consideremos el carácter de la persona que nos ha hecho mal. Puede ser una persona buena o malvada.

Si es una buena persona, habrá una luz de ternura en su conciencia, que más tarde o más temprano la llevará a un sentimiento del mal que ha causado. Si es un buen hombre, Cristo le ha perdonado mayores ofensas que las que nos ha

causado a nosotros, y entonces ¿por qué no perdonarle? Cristo no le tiene en cuenta ninguna de sus maldades, sino que de verdad las perdona, ¿y seremos nosotros quienes le agarremos por la garganta por algún pequeño abuso que hayamos sufrido de él?

Pero si es una persona mala la que nos ha afrentado o insultado, ciertamente tenemos más razón para ejercitar la misericordia que la venganza. Es una persona que está engañada y en un estado digno de lástima, alguien esclavo del pecado y enemigo de la justicia. Si se arrepiente, estará dispuesto a hacernos reparación. Si continúa siendo impenitente, llegará un día en el que será castigado en la medida de sus faltas. No necesitamos estudiar una venganza, Dios la ejecutará.

En tercer lugar, recordemos que con la venganza podemos gratificar una emoción pecaminosa, pero por el perdón podemos conquistarla.

Supongamos que podamos destruir a un enemigo mediante la venganza, sin embargo, al ejercitar el carácter cristiano podríamos conquistar tres: nuestros propios malos deseos, la tentación de Satanás, y el corazón de nuestro enemigo.

Si por la venganza logramos vencer a nuestro enemigo, la victoria no será gloriosa ni feliz, porque al conseguirla será superada por nuestra propia corrupción. Pero si ejercitamos un temperamento perdonador y manso, siempre terminaremos con honra y éxito.

Para que la mansedumbre y el perdón no funcionen, habríamos de encontrarnos ante una naturaleza muy falsa. Si un corazón no se derrite ante este fuego debe ser de piedra. Por eso David ganó victoria sobre Saúl su perseguidor, de forma que "Saúl dijo a David: Más justo eres tú que yo " (1 Samuel 24:17)

En cuarto lugar, proponemos con seriedad la siguiente pregunta a nuestro corazón: "¿He conseguido algún bien a causa de las cosas malas y las injurias que he recibido?".

Si no nos han hecho ningún bien, volvamos la venganza sobre nosotros mismos. Tendremos motivos para estar llenos de vergüenza y tristeza si tenemos un corazón que no puede sacar bien de estos problemas, vergüenza por tener un temperamento tan poco parecido al de Cristo.

La paciencia y mansedumbre de otros cristianos han hecho que todas las ofensas que les han dedicado sean convertidas en algo bueno, sus almas se han visto animadas a alabar a Dios cuando han sido cargados con reproches por parte del mundo. "Te agradezco, Dios" dijo Gerónimo, "porque soy digno de ser odiado por el mundo". Si hemos derivado algún beneficio de los reproches y maldades que hemos recibido, si estas cosas han hecho que examinemos nuestro propio corazón, si han hecho que seamos más cuidadosos con nuestra conducta, si nos han convencido del valor que tiene un carácter santificado, ¿no las perdonaremos? ¿No perdonaremos a aquel que ha sido un instrumento de tanto bien para nosotros? ¿Qué importa si lo hizo para mal?

Si a través de la bendición divina nuestra felicidad ha sido promovida por lo que esa persona nos hizo, ¿por qué tendríamos siquiera que tener un pensamiento duro contra ella?

En quinto lugar, consideremos quién dispone todos nuestros problemas. Esto será muy útil para guardar nuestro corazón de la venganza; calmará rápidamente nuestro temperamento y lo endulzará.

Cuando Simei atacó y maldijo a David, el espíritu de este buen hombre no se vio envenenado por la venganza, porque cuando Abisai le ofreció la cabeza de Simei si lo deseaba, el rey dijo: "Si él así maldice, es porque el Señor ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le dirá: ¿Por qué lo haces así?"

Puede ser que Dios use a esas personas como vara para disciplinarnos debido a que por nuestro pecado les dimos ocasión a los enemigos de Dios para blasfemar. ¿Debemos por tanto enfadarnos con el instrumento? ¡Eso sería irracional! Por este motivo Job se mantuvo en silencio. No se apresuró o meditó acerca de hacer venganza sobre los caldeos y sabeos, sino que consideró que era Dios quien ordenaba sus problemas, y dijo: "El Señor dio, y El Señor quitó; sea el nombre del Señor bendito" (Job 1:21).

En sexto lugar, pensemos como nosotros ofendemos a Dios a cada hora del día, y no nos llenaremos de venganza tan fácilmente con aquellos que nos ofenden.

Estamos ofendiendo a Dios constantemente, y sin embargo Él no toma venganza sobre nosotros, sino que nos soporta y perdona. ¿Nos levantaremos nosotros para vengarnos de otros? Reflexionemos sobre esta dolorosa reprensión: "Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?" (Mateo 18:32-33)

Nadie debería estar tan lleno de tolerancia y misericordia hacia aquellos que le ofenden como aquellos que han experimentado en sí mismos las riquezas de la misericordia. La misericordia de Dios hacia nosotros debería derretir nuestros corazones en misericordia hacia los demás. Es imposible que seamos crueles con otros, excepto si olvidamos cuan tierno y compasivo ha sido Dios con nosotros.

Y si la ternura no encuentra prevalencia en nosotros, creo que el temor sí debería encontrarla: "Si no perdonamos a los hombres sus ofensas, tampoco el Padre nos perdonará nuestras ofensas" (Mateo 6:14).

En séptimo lugar, permitamos que la consideración de que el día del Señor se acerca, nos frene de adelantarlo mediante actos de venganza.

¿Por qué nos apresuramos tanto? ¿Acaso el Señor no vendrá pronto a vengar a todos sus siervos que son abusados? "Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera... Tened también vosotros paciencia... porque la venida del Señor se acerca. Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta" (Santiago 5:7-9) La venganza pertenece a Dios, ¿nos haremos tanto daño a nosotros mismos asumiendo su trabajo?

8. El tiempo de grandes pruebas

En tales casos el corazón se inclina a verse traspuesto con orgullo, impaciencia, y otras emociones pecaminosas. Mucha gente buena se convierte en culpable de una conducta apresurada y muy pecaminosa en tales casos, y todo lo que necesitamos es hacer uso diligente de los siguientes medios para mantener el corazón sumiso y paciente bajo grandes pruebas:

En primer lugar, tengamos pensamientos humildes y sobrios sobre nosotros mismos en estos momentos.

La persona humilde es siempre paciente. El orgullo es la fuente de las emociones irregulares y pecaminosas. Un espíritu elevado será un espíritu petulante e insumiso. Cuando nos valoramos demasiado alto, pensamos que somos tratados indignamente y que nuestras pruebas son demasiado severas, y por eso objetamos y nos quejamos.

Como cristianos, deberíamos tener pensamientos de nosotros mismos que hiciesen parar esas murmuraciones. Deberíamos tener una idea más baja y humilde de nosotros mismos de la que cualquier otro pueda tener. Obtengamos humildad, y tendremos paz en cualesquiera que sea la prueba.

En segundo lugar, cultivemos el hábito de la comunión con Dios.

Esto nos preparará para cualquier cosa que pueda suceder. También endulzará nuestro temperamento y calmará nuestra mente para asegurarla contra las sorpresas. Producirá esa paz interior que nos hará superiores en nuestras pruebas.

La comunión habitual con Dios nos producirá deleite, que no queremos interrumpir con sentimientos pecaminosos. Cuando un cristiano está calmado y es sumiso en sus aflicciones, probablemente es porque saca consuelo y apoyo de esta manera. Pero el que está descompuesto, impaciente y angustiado, muestra que no está bien por dentro. No se puede suponer de tal persona que practique la comunión con Dios.

En tercer lugar, hagamos que nuestra mente quede impresionada con la conciencia de la naturaleza malvada que se levanta de un temperamento insumiso y agitado.

Una naturaleza así contrista al Espíritu de Dios, y lo induce a apartarse. Su presencia llena de gracia y su influencia solo se disfruta cuando la paz y la quieta sumisión prevalecen. Permitir un temperamento así le da ventaja al adversario.

Satanás es un espíritu enojado y descontento. No encuentra descanso sino en los corazones que no tienen descanso. Se anima cuando los espíritus se conmocionan; en ocasiones llena el corazón 'con pensamientos desagradecidos y rebeldes, en otras inflama la lengua con lenguaje indecente. Una vez más, un temperamento así produce gran culpa sobre la conciencia, desacomoda el alma para cualquier deber, y deshonra el nombre del cristiano.

Oh, guardemos el corazón y permitamos que el poder y la excelencia de nuestra fe sea manifiesta cuando seamos llevados a las mayores dificultades.

En cuarto lugar, pensemos lo deseable que es para un cristiano vencer estas malas inclinaciones.

Esto produce una felicidad mucho mayor; es mucho mejor mortificar y subyugar los sentimientos que no son santos que el dar cabida a ellos.

Cuando en nuestro lecho de muerte lleguemos al punto de revisar con calma nuestra vida, será de consuelo recordar la conquista que hicimos sobre los sentimientos depravados de nuestro corazón. Un dicho memorable del emperador Valentino, cuando iba a morir fue: "De entre todas mis conquistas, hay una que ahora me consuela". Al ser preguntado de cuál se trataba, contestó: "He vencido a mi peor enemigo, ¡mi pecaminoso corazón!"

En quinto lugar, avergoncémonos contemplando el carácter de aquellos que han sido más eminentes en mansedumbre y sumisión.

Sobre todo, comparemos nuestro temperamento con el Espíritu de Cristo. Él dijo "aprended de mí, que soy manso y humilde". Se dice de Calvino y Ursino, que, aunque ambos tenían naturaleza colérica, habían cultivado e inyectado la mansedumbre de Cristo de tal manera, que no pronunciaban una palabra inadecuada ni bajo las mayores provocaciones. E incluso muchos paganos han manifestado una gran moderación y aguante bajo sus aflicciones más severas. ¿No es una vergüenza y un reproche que nosotros quedemos desechos por ellas?

En quinto lugar, evitemos cualquier cosa que esté calculada para irritar nuestros sentimientos.

El apartarnos del camino del pecado tanto como podamos es el verdadero valor espiritual. Si podemos evitar lo que nos excita a sentimientos rebeldes e impetuosos, o conseguimos capturarlos en su inicio, tendremos poco que temer.

Los primeros movimientos del pecado común son comparativamente débiles, y ganan su fuerza gradualmente. Pero en tiempos de prueba el movimiento del pecado es más fuerte al principio, el temperamento insumiso irrumpe repentina y violentamente. Sin embargo, si lo soportamos al principio con resolución, cederá y tendremos la victoria.

9. El tiempo de la tentación

El noveno tiempo en que es necesaria la mayor diligencia y habilidad para guardar el corazón es cuando se produce una tentación y Satanás indispone el corazón cristiano tomando por sorpresa al que no está precavido.

Guardar el corazón en esos tiempos no es menos una misericordia que un deber. Pocos cristianos tienen la suficiente capacidad para detectar las falacias y repeler los argumentos con los que el adversario los incita a pecar como para escapar seguros y sin heridas de estos encuentros.

Muchos creyentes eminentes han sido impactados severamente por su falta de vigilancia y diligencia en tales tiempos. ¿Cómo puede por tanto un cristiano guardar su corazón de rendirse a la tentación? Hay varias formas importantes en las que el adversario insinúa la tentación y nos insta a caer en ella.

En primer lugar, Satanás sugiere que hay un placer para disfrutar.

La tentación se presenta con aspecto sonriente y voz atrayente: "¿Eres tan cerrado y flemático que no puedes sentir el poderoso hechizo del placer? ¿Quién puede apartarse de tales deleites?". Lector, podemos ser rescatados del peligro de tales tentaciones repeliendo la proposición del placer.

Se nos dice que cometer el pecado nos traerá placer. Supongamos que esto fuese verdad, ¿acaso serán también placenteros el reproche de la conciencia y la perspectiva del infierno? ¿Hay algún placer en los tormentos de la conciencia? Si es así ¿por qué Pedro lloró tan amargamente? ¿Por qué clamó David como si sus huesos fuesen rotos? Escuchamos lo que se dice de los placeres del pecado, y ¿no hemos leído lo que David dice de sus efectos? "Tus saetas cayeron sobre mí, Y sobre mí ha descendido tu mano. Nada hay sano en mi carne, a causa de tu ira; Ni hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado" (Salmos 38:2-4)

Si nos rendimos a la tentación, tendremos que sentir esa angustia interna debido a ella, o las miserias del infierno. Pero ¿por qué debería atraernos el placer del pecado cuando sabemos que hay un placer inexpresablemente más real que viene de la mortificación de ese pecado? ¿Preferiremos gratificar un deseo que no es santo, junto con el veneno mortal que dejará detrás, en lugar del placer sagrado que viene de escuchar y obedecer a Dios, de cumplir con los dictados de la conciencia y mantener la paz interior? ¿Puede el pecado dar tal deleite como el que siente aquella persona que, resistiendo la tentación, manifiesta la sinceridad de su corazón y obtiene evidencia de que teme a Dios, ama la santidad y odia el pecado?

En segundo lugar, el secreto con el que podemos cometer el pecado es utilizado por Satanás para inducirnos a cometerlo.

El tentador insinúa que ese desliz nunca nos traerá vergüenza entre los hombres, porque nadie lo sabrá. Pero pensemos en ello. ¿Acaso Dios no nos contempla? ¿No está su divina presencia en todas partes? Qué más da si podemos ocultar el pecado al mundo, cuando no podemos esconderlo de Dios. Ninguna oscuridad ni sombra de muerte puede ocultarnos de su inspección.

Además ¿acaso no tenemos respeto de nosotros mismos? ¿Acaso podemos hacer aquello que no nos atreveríamos a mostrar a otros? ¿Acaso no es la conciencia como tener un millón de testigos? Incluso un incrédulo pudo decir: "Cuando eres tentado a cometer pecado, témete a ti mismo más que a cualquier otro testigo".

En tercer lugar, a veces la tentación se ve reforzada por la perspectiva de una ventaja mundana.

Una voz nos dice "¿Por qué tendrías que ser tan bueno y escrupuloso? Concédete un poco de libertad, y así podrás mejorar tu situación: ahora es tu momento". Esta tentación es peligrosa, y debe ser resistida prontamente. Ceder ante tal tentación producirá más daño a nuestra alma que cualquier bien temporal que podamos obtener. Y ¿qué nos aprovechará ganar el mundo entero si perdemos nuestra alma? ¿Qué cosa puede compararse con nuestro interés espiritual? ¿O qué puede compensarnos del menor de los daños a estos intereses?

En cuarto lugar, quizás la pequeñez del pecado es utilizada como motivo para cometerlo.

Podemos decir: "Es algo pequeño, un asunto insignificante ¿quién se preocuparía por tales minucias?" Pero ¿acaso es pequeña también la majestad del cielo? Si cometemos ese pecado ofenderemos a un Dios grande. ¿Acaso hay un infierno pequeño para atormentar a pequeños pecadores en él? No, hasta los menos pecadores del infierno están llenos de miseria. Hay una gran ira atesorada para aquellos que el mundo considera pequeños pecadores.

Pero cuanto menor es el pecado, menos deberíamos sentirnos inducidos a cometerlo ¿vamos a provocar a Dios por una nimiedad? ¿Destruiremos la paz, haremos daño a la conciencia, y entristeceremos al Espíritu, todo por nada? ¡Qué locura!

En quinto lugar, a veces se toma el argumento de la misericordia de Dios y la esperanza de perdón como motivo para reforzar la tentación.

Decimos: "Dios es misericordioso, y dejará pasar esto como una debilidad. No será severo señalándolo". Pero paremos un momento ¿en qué lugar podemos encontrar una promesa de misericordia para los pecadores presuntuosos? El ímpetu involuntario y las debilidades que lamentamos puede que sean perdonadas, "Mas la persona que hiciere algo con soberbia, así el natural como el extranjero, ultraja al Señor; esa persona será cortada de en medio de su pueblo" (Números 15:30).

Si Dios es un ser con tanta misericordia, ¿cómo somos capaces de ofenderle? ¿Cómo podemos hacer de un atributo tan glorioso como la misericordia divina una ocasión de pecado? ¿Lo ofenderemos porque es bueno? Más bien dejemos que su bondad nos lleve al arrepentimiento y nos guarde de la transgresión.

En sexto lugar, a veces Satanás nos anima a cometer un pecado mostrándonos el ejemplo de hombres santos. Tal o cual persona pecó, y fue restaurada, por tanto, puedes cometer este pecado y aún ser santo y salvo.

Tales sugerencias deben ser repelidas instantáneamente. Si hay buenos hombres que han cometido pecados similares a aquel que nos agita, ¿acaso pecó algún hombre bueno basándose en ese estímulo? ¿Dios hizo que sus ejemplos fuesen registrados como modelo a imitar, o más bien como advertencia? ¿No están puestos como faros para que evitemos las rocas sobre las que ellos se estrellaron? ¿Estamos dispuestos a sentir lo que ellos sintieron por pecar? ¿Nos atrevemos a seguirles en su pecado y meternos en la misma angustia y peligro en el que ellos incurrieron?

Lector, aprende a guardar tu corazón de esta forma en el tiempo de tentación.

10. El tiempo de duda y de oscuridad espiritual.

Estos son tiempos en los que es muy difícil guardar el corazón. Cuando la luz y el consuelo de la divina presencia se retiran, cuando el creyente, por la prevalencia del pecado dentro de él, se dispone en una u otra manera a renunciar a sus esperanzas, a inferir conclusiones desesperadas con respecto a sí mismo, a considerar el consuelo que tuvo como un engaño vacío y su profesión como hipocresía. En tales tiempos se necesita mucha diligencia para guardar el corazón del abatimiento.

La angustia del cristiano proviene de la comprensión de su estado espiritual, y en general argumenta contra sí mismo que no posee una verdadera fe, ya sea porque ha recaído en los mismos pecados de los que se había recuperado con vergüenza y pena, o porque siente que sus afectos por Dios están declinando, o porque se ha fortalecido su deseo hacia los deleites mundanos, o por su prosperidad en público a la vez que con frecuencia se ve confinado y desierto en sus devociones privadas, o por alguna sugerencia horrible de Satanás con la que su alma ha quedado enormemente confundida, o por último, debido al silencio de Dios y la aparente negación de sus largas oraciones.

Para conseguir establecer y apoyar el corazón bajo tales circunstancias, es necesario que estemos familiarizados con algunas verdades generales que tienen tendencia a calmar el alma dubitativa y temblorosa, y que seamos instruidos correctamente con respecto a las causas de inquietud anteriormente mencionadas.

En primer lugar, no toda demostración de hipocresía en una persona demuestra que sea un hipócrita.

Hemos de distinguir con cuidado entre las manifestaciones y una hipocresía predominante. Hay restos de engaño hasta en los mejores corazones.

Esto es algo que vemos en el ejemplo de David y Pedro, pero la disposición que prevalecía en sus corazones era la de ser rectos, y no fueron llamados hipócritas por su conducta.

En segundo lugar, hemos de considerar lo que puede decirse en nuestro favor así como lo que puede decirse en contra nuestra.

En ocasiones es un pecado de las personas rectas el ejercer una severidad irrazonable contra ellos mismos. No consideran de manera imparcial el estado de sus almas.

Hacer parecer que su estado es mejor de lo que es en realidad es ciertamente un pecado condenable de los hipócritas que se alaban a sí mismos, y hacer parecer su estado peor de lo que es realmente, es el pecado y necedad de algunas personas buenas. Pero ¿por qué habríamos de convertirnos en enemigos de nuestra propia paz? ¿Por qué leer de pasada las evidencias del amor de Dios en nuestra propia alma, como los hombres que leen superficialmente un libro que tratan de refutar? ¿Por qué habríamos de estudiar nuestras faltas y apagar aquellos consuelos que son legítimamente nuestros?

En tercer lugar, cada cosa que pueda ser motivo de tristeza para el pueblo de Dios, no es una base suficiente para cuestionar la realidad de su fe.

Hay muchas cosas que son tribulaciones, pero que no deben hacernos tropezar. Si en cada ocasión nos cuestionamos todo lo que se ha hecho a través de nosotros, nuestra vida estará formada de dudas y temores, y nunca podremos conseguir esa paz interior asentada en la que vivimos esa vida de alabanza y gratitud que el Evangelio requiere.

En cuarto lugar, el alma no está siempre en una disposición adecuada para hacer de sí misma un juicio correcto, y está particularmente poco calificada para hacerlo en tiempos de abandono o tentación. Estos tiempos deberían emplearse más bien para vigilar y resistir, y no para juzgar y determinar.

En quinto lugar, sea cual sea la raíz de nuestra angustia, nos debería llevar a Dios, no a alejarnos de Él.

Supongamos que hemos pecado en cierta manera, o que hemos estado abatidos y tristes durante un largo tiempo. No tenemos derecho para concluir que debemos estar desanimados, como si no hubiese ayuda para nosotros en Dios.

Cuando hemos digerido bien estas verdades, si seguimos con dudas y angustia, consideremos lo siguiente:

¿Sentimos que no tenemos parte en el favor de Dios porque nos hemos visto visitados por alguna aflicción extraordinaria?

Si ese es el caso, ¿estamos concluyendo de ello que las grandes pruebas son signos del odio de Dios? ¿Es eso lo que enseñan las Escrituras? ¿Nos atrevemos a pensar lo mismo de aquellos que han sido afligidos tanto o más que nosotros? Si el argumento es bueno en nuestro caso, también debería serlo en la aplicación al caso de ellos, y hasta más concluyente, ya que, en proporción, sus pruebas son mayores que las nuestras. Si es así, entonces ¡Ay de David, Job, Pablo y todos los que han sido afligidos como lo fueron ellos!

Pero si hubiésemos estado en quietud y prosperidad, si Dios hubiese retenido esas disciplinas con las que ordinariamente visita a su pueblo, ¿no tendríamos más razones para dudar y angustiarnos de las que tenemos ahora?

¿Estamos concluyendo precipitadamente que el Señor no nos ama porque ha retirado la luz de su rostro?

Si estamos considerando que nuestro estado es desesperado porque es oscuro e incómodo, mejor no nos precipitemos a formar esa conclusión. Si cualquiera de las dispensaciones de Dios para su pueblo puede ser considerada como favorable o dura, ¿por qué no habría de ser considerada en el mejor sentido? ¿No es posible que Dios tenga un designio de amor en lugar de uno de odio en la situación de la que nos estamos lamentando? ¿No es posible que se esté apartando un tiempo sin apartarse para siempre?

No somos los primeros que hemos confundido el designio de Dios al apartarse: "Sion dijo: Me dejó el Señor, y el Señor se olvidó de mí" (Isaías 49:14). Pero ¿fue así en realidad? ¿Cuál es la respuesta de Dios? "¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz?" (Isaías 49:15) Y sin embargo ¿nos hundimos bajo la idea de que las evidencias de un abandono final y completo son claras en lo que experimentamos? ¿Hemos acaso perdido la sensibilidad consciente con respecto al pecado? ¿Nos sentimos inclinados a abandonar a Dios?

Si es así, tenemos motivos para sentirnos alarmados. Pero si nuestra conciencia está viva, si estamos dispuestos a aferrarnos al Señor, si el lenguaje de nuestro corazón es "no puedo abandonar a Dios, no puedo vivir sin su presencia aunque me mate, aun así seguiré confiando en Él", entonces tenemos razón al esperar que nos visite de nuevo. Es mediante estos ejercicios que Él mantiene su interés en nosotros. Una vez más ¿el sentido y los sentimientos son adecuados para juzgar las dispensaciones de Dios en ello? ¿Se puede confiar de manera segura en su testimonio? ¿Podemos decir: "si Dios tiene algún amor por mi alma, debería sentirlo ahora al igual que lo sentía antes, pero no puedo sentirlo, por tanto se ha ido"? ¿Podríamos concluir de la

misma forma que cuando el sol no es visible para nosotros, ha dejado de existir?

Leamos Isaías 1:10. Si no hay nada en el trato divino con respecto a nosotros que sea una base razonable para estar abatidos y angustiados, preguntémosnos qué motivos hay en nuestra propia conducta por los cuales nos podemos sentir tan deprimidos.

Motivos propios para el abatimiento

1. Recaída en pecados anteriores

¿Hemos caído en pecados de los que ya nos habíamos recuperado con vergüenza y dolor? Puede que concluyamos de eso que estamos pecando con consentimiento y con frecuencia, y que nuestra oposición al pecado era hipócrita. Pero no demos todo por perdido apresuradamente.

¿Acaso no se renueva nuestro arrepentimiento y el cuidado que ponemos en no pecar con la misma frecuencia que pecamos? ¿Acaso no es el pecado en sí mismo lo que nos preocupa, y acaso no es verdad que, cuanto más pecamos, más nos angustiamos?

Esto no sucede cuando se peca de forma normal. Es excelente lo que Bernard dice de esto: "Cuando un hombre acostumbrado a contenerse peca abultadamente, se le hace insoportable. Es como si descendiese vivo al infierno. Con el tiempo no parece insoportable, sino pesado, y entre insoportable y pesado la diferencia no es pequeña. Luego, el pecar se vuelve ligero, su conciencia apenas lo golpea y la persona no presta atención a los reproches de esta. Después ya no solo es insensible a la culpa, sino que aquello que le resultaba amargo y desagradable se convierte en algo dulce y placentero en cierta medida. Aún después se hace costumbre, y no solo agrada, sino que lo hace habitualmente. A su debido tiempo la costumbre se convierte en naturaleza, y la persona no puede ser disuadida de la misma, sino que la defiende y ruega por ella".

Así es el pecado habitual y permitido. Ese es el camino del impío. Pero ¿no es nuestro camino contrario a esto?

2. Disminución de nuestros afectos por Dios

¿Sentimos un declinar de nuestros sentimientos por Dios y los temas espirituales? Puede que siga habiendo esperanza aunque este sea el caso.

Pero es posible que haya una equivocación respecto a esto. Hay muchas cosas que aprender, y la experiencia cristiana tiene relación con una gran variedad de temas. Puede que en esta experiencia estemos aprendiendo algo que es muy necesario que sepamos como cristianos.

¿Y qué si no somos tan sensibles y tan vivos en nuestras emociones, o no tenemos las mismas visiones arrebatadoras que teníamos al principio? ¿Es que no puede estar creciendo nuestra piedad en solidez y consistencia, y adaptándose mejor a propósitos prácticos? ¿Acaso puede deducirse del hecho de que no siempre estemos en la misma disposición mental o de que los mismos objetos no nos emocionen igual en todo tiempo, que nuestra fe no es verdadera? Quizás nos engañamos a nosotros mismos al mirar hacia delante a

lo que seremos, en lugar de contemplar lo que somos comparado con lo que fuimos una vez.

3. Aumento de nuestro amor por disfrutes terrenales

Si la base para tomar conclusiones desesperadas con respecto a nosotros mismos es la fuerza de nuestro amor por los disfrutes terrenales, quizás estemos argumentando de la siguiente forma: "Temo que amo las creaciones más que a Dios, y si es así, no tengo verdadero amor por Dios. A veces tengo sentimientos más fuertes por los consuelos terrenales que por los celestiales, por tanto, mi alma no es recta"

Si verdaderamente amamos lo creado por sí mismo, si lo convertimos en nuestro objetivo y nuestra fe solo es un medio para obtenerlo, entonces la conclusión anterior es la correcta, porque esto es incompatible con el amor supremo a Dios.

Pero una persona puede amar a Dios más ardientemente de lo que ama cualquier otra cosa, y aun así, cuando Dios no es el objeto directo de sus pensamientos, puede ser sensible a un amor más fuerte por lo creado que el que tiene por Dios en ese instante. Del mismo modo que la maldad enraizada indica un odio más fuerte que una emoción repentina más violenta, hemos de juzgar nuestro amor, no por un movimiento impetuoso del mismo de vez en cuando, sino por la profundidad de su raíz y lo constante de su ejercicio. Quizás nuestra dificultad viene como resultado de probar nuestro amor con una prueba extraña e impropia.

Muchas personas temieron que cuando fueran sometidas a una gran prueba renunciarían a Cristo y se aferrarían a lo creado; pero cuando la prueba vino, Cristo lo fue todo, y el mundo no fue nada en su estima. Ese fue el temor de algunos mártires cuya victoria fue completa. Pero solo podemos esperar la ayuda divina en el tiempo y proporción de nuestra necesidad. Si queremos probar nuestro amor, miremos si estaríamos dispuestos a renunciar a Cristo en este mismo momento.

4. Falta de emoción en la devoción en privado

Las dudas y miedos podrían venir de una carencia de emoción en privado que si encontramos en los ejercicios públicos. Consideremos entonces si hay alguna circunstancia al atender a la devoción en público que está particularmente calculada para despertar nuestros sentimientos y elevar nuestra mente, y que no puede afectarnos en privado. Si es así, nuestra comunión secreta, si está siendo realizada con fidelidad y de manera adecuada, puede ser provechosa aunque no tenga todas las características de la que hacemos en público.

Si pensamos que tenemos ensanchamiento y deleite espiritual en el ejercicio público mientras descuidamos los tiempos con Dios en privado, sin duda nos engañamos. Ciertamente, si estamos descuidando la devoción privada o no nos importa la misma, hay grandes razones para temer. Pero si las realizamos con regularidad y fidelidad, no se puede concluir que sean vanas e inútiles o que no tengan gran valor solo porque no sean atendidas con tanta emoción como a veces encontramos en público.

¿Y qué si al Espíritu le agrada más favorecerte con su influencia llena de gracia en un lugar y momento que en otro? ¿Debería eso ser motivo para la murmuración y la incredulidad, o más bien un motivo para agradecer?

5. Las sugerencias del enemigo

Las sugerencias blasfemas y viles de Satanás a veces causan gran confusión y angustia. Parecen poner un abismo de corrupción en el corazón y decimos que no hay gracia en él. Pero puede haber gracia en un corazón en el que tales pensamientos se inyectan, aunque no en un corazón que consiente y disfruta de esos pensamientos.

Preguntémonos si aborrecemos y nos oponemos a esos pensamientos, si nos negamos a abandonarnos a su influencia, y si luchamos por mantener pensamientos reverentes y santos acerca de Dios y de todas las cosas de la fe. Si es así, tales sugerencias son involuntarias, y no son evidencia contra nuestra piedad.

6. La falta de respuesta a la oración

¿Es la aparente falta de respuesta a la oración motivo de nuestro abatimiento?
¿Estamos dispuestos a decir: "Si Dios tuviese algún tipo de preocupación por mi alma habría escuchado mis peticiones antes; pero no tengo respuesta de Él, y por tanto no hay interés"?

Esperemos un momento. Aunque el hecho de que Dios aborrezca y finalmente rechace la oración es evidencia de que rechaza a la persona que ora, ¿nos atrevemos a concluir que Él nos ha rechazado porque una respuesta a nuestra oración se retrasa o porque no hemos descubierto que ya está concedida?

"¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?
¿Se tardará en responderles?" (Lucas 18:7) Otros han tropezado en el mismo sitio que nosotros: "Cortado soy de delante de tus ojos; Pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba" (Salmos 31:22)

¿Acaso no hay algo en nuestra experiencia que indique que nuestras oraciones no son rechazadas, aunque la respuesta a las mismas se retrase? ¿No estamos dispuestos a continuar orando aunque no veamos una respuesta?
¿No estamos dispuestos a adscribir rectitud a Dios mientras consideramos la causa de su silencio como algo que está dentro de nosotros? Así lo hizo David: "Dios mío, clamo de día, y no respondes; Y de noche, y no hay para mí reposo. Pero tú eres santo" (Salmos 22:2-3)

Preguntémonos si el retraso de la respuesta a nuestra oración nos incita a examinar nuestro corazón y probar nuestros caminos para que podamos eliminar la dificultad. Si es así, tenemos motivo para sentirnos humildes, pero no para desesperar.

Así hemos mostrado cómo guardar el corazón en las temporadas de oscuridad y duda. Que Dios evite que ningún corazón falso pueda tomar aliento de estas cosas. Es lamentable que cuando damos a cada uno su parte, el santo y el pecador tienden a tomar la parte del otro.

11. El tiempo de los sufrimientos por la fe

Otro tiempo en el que el corazón ha de guardarse con toda diligencia es cuando se ponen sobre nosotros sufrimientos por nuestra fe. Bendito es el hombre que en este tiempo no se ofende en Cristo.

Sea cual sea el tipo o grado de nuestros sufrimientos, si son por causa de Cristo y del Evangelio, no escatimemos ninguna diligencia para guardar nuestro corazón. Si nos vemos tentados a encogernos o vacilar bajo ellos, permitamos que las siguientes consideraciones nos ayuden a repeler y a superar la instigación:

En primer lugar, ¡Cuánto reproche pondríamos sobre el Redentor y la fe si lo abandonamos en un tiempo como este! Estaríamos proclamando al mundo cuánto nos hemos jactado de las promesas, que cuando somos puestos a prueba, en medio de las mismas no nos atrevemos a arriesgar nada sobre la fe. Y esto daría a los enemigos de Cristo ocasión para blasfemar. ¿Adornaremos de tal manera los triunfos de los incircuncisos?

Ah, si valorásemos el nombre de Cristo tanto como los hombres impíos valoran sus propios nombres, no dejaríamos que el suyo fuese expuesto al desprecio de esta manera. ¿Acaso las orgullosas cenizas y el polvo no temen la muerte y el infierno más que ver desgraciados sus nombres? ¿Y nosotros no soportaremos nada por mantener el honor de Cristo?

En segundo lugar, ¿Nos atreveremos a violar nuestra conciencia dando gusto a nuestra carne y sangre?

¿Quién nos consolará cuando nuestra conciencia nos acuse y condene? ¿Qué felicidad puede haber en la vida, en la libertad o en los amigos cuando la paz interior es arrebatada? Consideremos bien lo que hacemos.

En tercer lugar, ¿no es el interés público de Cristo una causa mucho más importante que cualquier interés propio, y no preferiremos su gloria y la prosperidad de su reino antes que cualquier otra cosa? ¿Debería un sufrimiento temporal, o cualquier sacrificio que nos veamos llamados a hacer entrar en competición con el honor de su nombre?

En cuarto lugar, ¿Es que el Redentor descuidó nuestros intereses y pensó poco en nosotros cuando por nuestro bien soportó sufrimientos que no tienen comparación con los nuestros? ¿Se echó atrás Él? No: "Sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (Hechos 12:2). ¿Soportó Él esto por nosotros con paciencia y constancia inquebrantable, y nos encogeremos por un sufrimiento temporal por su causa?

En quinto lugar, ¿es que podemos abandonar tan fácilmente la comunidad de creyentes y los privilegios de los santos y volvernos al lado del enemigo? ¿Estamos dispuestos a retirar nuestro apoyo a aquellos que se han propuesto perseverar, y poner nuestra influencia en la balanza en contra de ellos? Preferible sería que nuestro cuerpo y alma se deshicieran. "Si retrocediere, no agradará a mi alma" (Hebreos 10:38)

En sexto lugar, ¿cómo podremos mantenernos frente a Cristo en el día del juicio si lo abandonamos ahora? "el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se

avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles" (Marcos 8:38)

Solo un poco más, y el Hijo del hombre vendrá en las nubes del cielo, con poder y gran gloria, para juzgar el mundo. Se sentará en el trono de juicio, y todas las naciones serán puestas delante de Él. Imaginemos que estamos viendo lo que sucederá aquel día. Contemplemos a los impíos, a los apóstatas, y escuchemos la sentencia consumadora que se pronuncia sobre ellos, y veamos cómo se hundan en el pozo de la desgracia infinita y eterna. ¿Abandonaremos a Cristo ahora, dejaremos su causa para librarnos de un poco de sufrimiento o por promover una infructuosa vida en la tierra? ¿Nos exponemos al destino de un apóstata?

Recordemos que aunque podamos silenciar las reconvenciones de nuestra conciencia ahora, no podremos evitar luego la sentencia del juez. Guardemos nuestro corazón por estos medios, para que no se aparte del Dios viviente.

12. El tiempo de una enfermedad mortal

El último tiempo que mencionaremos en el que es necesario guardar el corazón con toda diligencia, es cuando la enfermedad nos advierte que nuestra hora está cerca.

Cuando un hijo de Dios se acerca a la eternidad, el adversario realiza su último esfuerzo, y, como no puede ganar el alma que está en Dios porque no puede destruir la ligadura que une el alma a Cristo, su gran plan es despertar el temor a la muerte, llenar la mente con aversión y horror ante el pensamiento de ser separados del cuerpo.

Es por eso que en el pueblo de Dios se puede observar que hay mucho temor a tomar la mano fría de la muerte, una falta de disposición a marcharse. Pero de la misma manera en que hemos de vivir como santos, así hemos de morir.

Ofreceremos varias consideraciones pensadas para ayudar al pueblo de Dios en el tiempo de enfermedad, para mantener sus corazones libres de todos los objetos terrenales, y dispuestos a morir con contentamiento.

En primer lugar, la muerte es algo inocuo para el pueblo de Dios. Sus flechas no dejan la punta clavada. ¿Por qué tener temor de que nuestra enfermedad pueda ser para muerte? Si fuésemos a morir en nuestros pecados, si la muerte fuese a reinar sobre nosotros como un tirano, si fuese a alimentarse de nosotros como un león de su presa, si la muerte fuese un precursor del infierno, entonces podríamos asustarnos con razón y encogernos ante ella desmayando con terror. Pero si nuestros pecados han sido borrados y Cristo ha vencido a la muerte en nuestro favor, de forma que lo único con lo que nos encontraremos es con dolor corporal, y posiblemente ni siquiera eso, si la muerte es la que nos trae el cielo ¿por qué habríamos de preocuparnos? ¿Por qué no darle la bienvenida? No nos puede hacer daño, es liviana e inocua. Es como quitarnos la ropa o irnos a descansar.

En segundo lugar, puede que sirva de ayuda para que nuestro corazón no se atemorice el considerar que la muerte es necesaria para prepararnos para el pleno disfrute de Dios.

Ya sea que estemos dispuestos a morir o no, ciertamente no hay otro modo de completar la felicidad de nuestra alma. La muerte debe hacernos el oficio de quitarnos este velo de carne, esta vida animal que nos separa de Dios, antes de que lo podamos ver y disfrutar plenamente.

"Entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor" (2 Corintios 5:6) ¿Quién no estaría dispuesto a morir por el disfrute perfecto de Dios? Deberíamos gemir como un prisionero a través de los barrotes de esta mortalidad: "¡Oh, si tuviese alas como una paloma, entonces volaría y descansaría".

Cierto es que la mayoría de los hombres necesitan paciencia para morir, pero un santo, que entiende a qué lo introducirá la muerte, más bien necesita paciencia para vivir. En su lecho de muerte debería mirar afuera y escuchar la venida de su Señor, y cuando percibe que su partida está cerca debería decir: "¡La voz de mi amado! He aquí él viene Saltando sobre los montes, Brincando sobre los collados" (Cantares 2:8)

En tercer lugar, consideremos que la felicidad del cielo comienza inmediatamente después de la muerte.

Esa felicidad no será pospuesta hasta la resurrección, sino que tan pronto como la muerte haya pasado sobre nosotros, nuestra alma será sorbida por la vida. Cuando hayamos soltado amarras de esta costa, seremos rápidamente impulsados hasta las orillas de una eternidad gloriosa.

¿No podremos decir entonces: "Deseo partir y estar con Cristo"? Si el alma y el cuerpo muriesen juntos, o durmiesen hasta la resurrección como algunos han imaginado, hubiese sido una necedad por parte de Pablo desear partir para disfrutar de Cristo, porque habría disfrutado más en el cuerpo de lo que hubiese podido hacerlo fuera de él.

Las Escrituras hablan solo de dos maneras en las que el alma puede vivir: Por fe y por vista. Estas dos formas comprenden la existencia presente y la futura. Ahora bien, si cuando la fe falta, la vista no continúa inmediatamente, ¿qué sería del alma?

Pero la verdad sobre este asunto está claramente revelada en las Escrituras. Miremos en Lucas 24:3 y Juan 14:3. ¡Qué bendito cambio hará la muerte en nuestra condición! ¡Levántate, santo moribundo, y regocíjate! Deja que la muerte haga su trabajo, que los ángeles conduzcan tu alma al mundo de la luz.

En cuarto lugar, reflexionar en el hecho de que mediante la muerte Dios evita a su pueblo grandes problemas y tentaciones puede mejorar nuestra disposición a morir.

Cuando una calamidad extraordinaria viene sobre el mundo, Dios a veces quita a sus santos del camino del mal. Así murió Matusalén en el año antes del diluvio, Agustín un poco antes del saqueo de Hipona, Pareus justo antes de la toma de Heidelberg. Lutero observa que todos los apóstoles murieron antes de la destrucción de Jerusalén, y Lutero mismo murió antes de que las guerras estallasen en Alemania.

Puede ser por tanto que la muerte nos haga escapar de una dura prueba, que no podríamos ni necesitamos soportar. Pero si no hay ningún problema extraordinario que fuese a venir en caso de que nuestra vida fuese prolongada,

puede que aun así Dios quiera librarnos de los innumerables males y cargas que son inseparables de nuestro estado actual.

Seríamos librados del pecado que aún queda en nuestro interior, que es el mayor problema. Seríamos librados de todas las tentaciones de cualquier tipo, de los problemas y vergüenzas corporales, y de todas las aflicciones y tristezas de esta vida. Los días de nuestro lamentar terminarían, y Dios enjugaría todas las lágrimas de nuestros ojos ¿Por qué entonces no tendríamos prisa por marcharnos?

En quinto lugar, si todavía nos resistimos a marchar, como Lot en Sodoma ¿cuál es nuestro ruego y preferencia por una vida más larga? ¿Por qué estamos poco dispuestos a morir?

Puede que estemos preocupados por el bienestar de las personas cercanas a nosotros. Si es así, y estamos preocupados por su sustento temporal, permitamos que la Palabra de Dios nos satisfaga: "Deja tus huérfanos, yo los criaré; y en mí confiarán tus viudas" (Jeremías 49:11). Lutero decía en su última voluntad: "Señor, tú me has dado una esposa e hijos, no tengo nada que dejarles, pero te los encomiendo a ti. Oh, padre de los huérfanos y defensor de viudas, susténtalos, guárdalos, y enséñalos".

Pero ¿estamos preocupados por el bienestar espiritual de nuestras personas cercanas? Recordemos que no podemos convertirlas ni aun si siguiésemos viviendo; y Dios puede hacer que nuestras oraciones y consejos sean efectivas después de muertos.

Quizás es que deseamos servir a Dios durante más tiempo en este mundo. Pero si Él no tiene nada más para que hagamos aquí, ¿Por qué no decir junto con David "aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere" (2 Samuel 15:26)? Él nos está llamando a lo alto, a servir en el cielo, y puede cumplir con otras manos lo que deseamos hacer aquí.

¿Es que nos sentimos demasiado imperfectos para ir al cielo? Pensemos que hemos de ser imperfectos hasta la muerte, nuestra santificación no puede completarse hasta que lleguemos al cielo.

"Pero", se podría decir, "quiero estar seguro; si pudiera tener seguridad podría morir con facilidad". Consideremos entonces que, una disposición del corazón por dejarlo todo en el mundo y ser libres del pecado y estar con Dios, es la forma directa de la seguridad que se desea; ninguna persona carnal estaría dispuesta a morir en base a eso.

Así hemos mostrado como el pueblo de Dios, en los tiempos más difíciles, puede guardar sus corazones con toda diligencia. Ahora pasaremos a mejorar y aplicar esto.

Consideraciones finales sobre la falta de cuidado del corazón

Hemos visto que el cuidado del corazón es la gran obra de un cristiano, en la que consisten el alma y vida mismas de la fe, y sin la cual todas las demás obligaciones no tienen valor a ojos de Dios. Por tanto, para consternación de los hipócritas y las personas que solo profesan el cristianismo formalmente, concluimos:

1. La inutilidad del esfuerzo de muchos que dicen ser creyentes

Los dolores y trabajos por los que muchas personas han pasado en su religión no tienen valor, y no serán tenidos en buena cuenta. Los seres humanos han realizado muchos servicios espléndidos que Dios, al final, rechazará: no se sostendrán en el registro para aceptación eterna, porque los que los realizaron no pusieron atención en guardar sus corazones con Dios. Esta es la fatal piedra en la que miles de personas que dicen ser cristianos tropiezan y se arruinan eternamente. Son precisos en los asuntos externos de la fe, pero sin cuidar sus corazones.

Oh, ¡cuántas horas han pasado algunos escuchando, orando, leyendo y conferenciando! Y aun así, en lo que respecta al objetivo final de la fe, tanto da que se hubiesen sentado en silencio sin hacer nada, ya que la gran obra, es decir, la del corazón, estaba siendo descuidada todo el tiempo.

Si somos falsos cristianos ¿Cuándo hemos derramado una lágrima por lo muerto, endurecido, incrédulo y terrenal que es nuestro corazón? ¿Creemos que esta religión fácil nos salvará? Si creemos que sí, deberíamos dar la vuelta a las palabras de Cristo y decir: grande es la puerta y ancho el camino que lleva a la vida, y muchos son los que entran por él.

Que me escuchen los hipócritas que se auto engañan: has apartado a Dios con tus deberes sin corazón, has actuado en tu religión como si bendijeses un ídolo, tú, que no has podido observar tu corazón, regularlo y ejercitarlo en tus obras, ¿cómo permanecerás en la venida del Señor? ¿Cómo mantendrás en alto la cabeza cuando Él diga: "Oh, hombre disimulado y de corazón falso ¿cómo puedes profesar la fe? ¿Con ese rostro pudiste decir tantas veces que me amabas, cuando sabías por tu conciencia que tu corazón no estaba conmigo?" Temblemos al pensar el terrible juicio que se dará a los corazones desatendidos y descuidados, que toman los deberes religiosos como si fuesen un sonajero para calmar y silenciar la conciencia.

2. La falta de consuelo en este mundo

También se deduce, para humillación del pueblo de Dios, que, a menos que se dedique más tiempo y esfuerzo a los corazones del que normalmente se dedica, es probable que nunca hagan mucho servicio a Dios, ni tengan mucho consuelo en este mundo. Podríamos decir del cristiano que es renuente y descuidado en cuidar su corazón, lo que Jacob dijo a Rubén: no serás el principal (Génesis 49:4).

Entristece ver cuántos cristianos hay que viven en un nivel muy pobre, tanto de servicio como de consuelo espiritual, y que se mueven por ahí deprimidos y quejándose. Pero ¿cómo podrían esperar que fuese de otra manera si viven de manera tan descuidada? ¡Oh, cuán poco tiempo pasan en su cuarto, examinando, humillando y avivando sus corazones! Cristiano, dices que tu corazón está muerto, ¿y te sorprendes de que lo esté, si no lo mantienes junto a la fuente de vida? Si tu cuerpo tuviese la misma dieta que tu alma, también

estaría muerto. Y no puedes esperar que tu corazón esté en mejor estado hasta que te tomes más esfuerzos con él.

¡Oh cristianos! temo que nuestro celo y fuerzas hayan estado esforzándose en la capilla equivocada. Temo que la mayoría de nosotros pueda recoger la queja de la iglesia: "Me pusieron a guardar las viñas; Y mi viña, que era mía, no guardé" (Cantares 1:6)

Hay dos cosas que han devorado el tiempo de los que profesan ser creyentes en esta generación, y que los han distraído tristemente del trabajo de su corazón.

En primer lugar, las controversias infructuosas, iniciadas por Satanás. No dudo que con el propósito de apartarnos de una piedad práctica, nos haya hecho rompernos la cabeza cuando deberíamos estar inspeccionando nuestros corazones.

Hemos tenido en poco la observación de "buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas" (es decir, con disputas y controversias acerca de las viandas) "que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas" (Hebreos 13:9) ¡Cuánto mejor es ver a los hombres vivir como deben que escucharles disputar con sutileza! ¡Cuánto daño han hecho a las iglesias esas preguntas infructuosas, cuánto tiempo y cuantos espíritus malgastados, y cuántos cristianos retirados de su ocupación principal!

¿No habría sido mejor si las preguntas que agitan al pueblo de Dios en los últimos tiempos fuesen estas?:

- * ¿Cómo puede alguien distinguir las operaciones especiales del Espíritu de las comunes?
- * ¿Cómo puede un alma discernir sus primeros pasos apartándose de Dios?
- * ¿Cómo puede un cristiano que se ha apartado recuperar su primer amor?
- * ¿Cómo puede el corazón preservarse de los pensamientos poco razonables cuando está en su tiempo con Dios?
- * ¿Cómo puede descubrirse y mortificarse un pecado que está en nuestro seno?"

Seguir este curso ¿No daría como resultado más honra para la fe y más consuelo para las almas? Avergüenza ver que los profesantes de esta generación son todavía insensibles a su necesidad. ¡Oh si Dios cambiase sus disputas y contenciones por una piedad práctica!

En segundo lugar, las preocupaciones y estorbos del mundo han aumentado enormemente el descuido de nuestros corazones.

Las cabezas y los corazones de mucha gente se han llenado con tal acumulación y ruido de los negocios mundanos que, lamentablemente han declinado en su celo, su amor, su deleite en Dios, y en su forma celestial, sería y provechosa de conversar con los hombres.

¡Cuán miserablemente nos hemos enredado en la espesura de estos asuntos sin importancia! Nuestros discursos, conferencias, e incluso nuestras mismas oraciones se han visto teñidos con ello. Tenemos tanto que hacer fuera, que no hemos podido hacer mucho dentro. ¿Y cuántas preciosas oportunidades

hemos perdido así? ¿Cuántas amonestaciones del Espíritu han pasado infructuosamente? ¿Cuán a menudo nos ha llamado Dios y nuestros pensamientos mundanos nos han impedido escuchar?

Pero ciertamente existe una forma de disfrutar de Dios incluso en nuestros empleos mundanos. Si perdemos la vista de Él cuando estamos ocupados en nuestros asuntos temporales, la falta es nuestra.

Es bien cierto que los cristianos deberían llegar frente a la puerta de la eternidad teniendo más trabajo en sus manos del que pueden hacer debido a su tiempo, ¡y sin embargo están llenando sus mentes y corazones con tonterías!

3. Falta de verdaderos cristianos

Finalmente, para despertar de todos, infiero que, si el guardar el corazón es la gran obra del cristiano, existen pocos cristianos verdaderos en el mundo.

Si todo aquel que ha aprendido el dialecto del cristianismo y que puede hablar como un santo, si todo el que tiene don y parte y puede predicar, orar, o hablar como un cristiano, en otras palabras, si todos los que se asocian con el pueblo de Dios y toman parte en las ordenanzas pueden pasar por ser considerados cristianos, entonces sí que hay muchos.

Pero encontramos muy pocos si los juzgamos por esta regla: ¡Cuán pocos hay que guarden sus corazones conscientemente, que miren sus pensamientos y discernan escrupulosamente sus motivaciones! Hay pocas personas que entren al cuarto de oración entre los que dicen ser cristianos. Es más fácil ponerse al día con otros deberes de la fe que con este.

La parte secular del mundo hará poco más que entremeterse de vez en cuando con los deberes religiosos, y mucho menos se involucrará con el cuidado del corazón; y en lo que respecta a los hipócritas, aunque pueden ser muy meticulosos con lo externo, es difícil persuadirlos de cumplir con este trabajo interior y difícil, que descubre rápidamente aquello que el hipócrita no se preocupa por conocer.

Así que, por consenso general, este trabajo del corazón se deja en manos de unas pocas personas apartadas, y me da temor pensar en lo pocas que son estas manos.

Un llamado a que la Iglesia guarde el corazón

Si guardar el corazón es un asunto tan importante, si se pueden derivar grandes ventajas de ello, si hay tantos intereses valiosos involucrados en esto, permítanme que clame sobre el pueblo de Dios en todo lugar para que se involucre en este trabajo de todo corazón.

Oh, estudiemos nuestros corazones, vigilemos nuestros corazones, ¡guardemos nuestros corazones! Abandonemos las controversias infructuosas y las preguntas inútiles, abandonemos los nombres y demostraciones vanas, dejemos las conversaciones infructuosas y la atrevida censura que hacemos de los demás, y volvámosla sobre nosotros mismos. ¡Que en este día y en esta hora nos propongamos hacerlo!

Lector, creo que debo continuar contigo. Todo lo que te ruego es esto: que te apartes más a menudo para hablar con Dios y con tu propio corazón, que no consientas que ninguna trivialidad te distraiga, que mantengas una cuenta más seria y fiel de tus pensamientos y tus afectos; que seriamente exijas a tu propio corazón, al menos cada noche: “Oh corazón mío, ¿Dónde has estado hoy, y en qué has ocupado tus pensamientos?”

Si todo lo dicho para animar a esto no es suficiente, todavía tengo algunos motivos más para ofrecer:

1. Estudiar, observar, y guardar diligentemente nuestros corazones ayudará de forma sorprendente a entender los profundos misterios de la fe.

Un corazón honesto y bien experimentado es una ayuda excelente para la cabeza. Tal corazón servirá de comentario a una gran parte de las Escrituras. Por medio de un corazón así tendremos un mayor entendimiento de lo divino que el hombre más estudiado (pero sin gracia) haya tenido o pueda tener jamás. No solo tendremos un entendimiento más claro de esto, sino una comprensión más interesante y provechosa. Una persona puede discurrir de manera ortodoxa y profunda sobre los efectos de la fe, las tribulaciones y consuelos de la conciencia y la dulzura de la comunión con Dios, sin haber sentido la eficacia y la dulce impresión que estas cosas producen sobre el alma. ¡Pero cuán oscuras y secas son sus nociones comparadas con las de un cristiano experimentado!

2. El estudio y observación de nuestro propio corazón nos guardará contra los peligrosos y contagiosos errores de la época en que vivimos

¿Cuál es la razón de que tanta gente que profesa la fe la haya abandonado y se haya vuelto hacia las fábulas? ¿Por qué tantos se han visto arrastrados por el error de los impíos? ¿Por qué aquellos que han sembrado doctrinas corruptas tienen tan buena cosecha entre nosotros, sino porque se han encontrado con una raza de gente que nunca supo que es lo que pertenece a la piedad práctica y al estudio y cuidado de sus corazones?

3. Nuestro cuidado y diligencia a la hora de guardar el corazón será una de las mejores evidencias de nuestra sinceridad

No conozco ningún acto externo que verdaderamente distinga al creyente verdadero del falso. Es maravilloso lo lejos que los hipócritas pueden llegar en sus obras externas, lo plausiblemente que pueden ordenar el exterior, escondiendo todas sus indecencias de la observación del mundo.

Pero no se preocupan de sus corazones. En lo secreto no son las mismas personas que son en público. Y ante esa prueba, no hay ningún hipócrita que pueda sostenerse. Pueden, desde luego, en un ataque de terror o en sus lechos de muerte, clamar por la maldad de sus corazones; pero tales quejas forzadas no tienen ningún efecto. En la ley no debe darse crédito al testimonio de alguien que está en el potro de tortura, porque es de suponer que lo extremo de su sufrimiento, lo hará decir cualquier cosa para obtener alivio.

Pero si el celo por nosotros mismos, el cuidado y la vigilancia son una labor diaria que enmarca nuestros corazones, podremos tener alguna evidencia de nuestra sinceridad.

4. Si nuestro corazón se guarda fielmente, todos los tiempos con Dios nos darán consuelo y provecho.

Si nuestro corazón estuviese en la disposición correcta, Tendríamos una viva comunión con Dios cada vez que nos acercásemos a Él. Podríamos decir con David “Dulce será mi meditación en Él” (Salmos 104:34).

Es la indisposición del corazón lo que hace que las ordenanzas y las oraciones en privado de algunos no sean de consuelo. Luchan por elevar sus corazones a Dios, utilizando primero un argumento, y luego otro, para avivarse y emocionarse, sin embargo, a menudo han casi terminado el tiempo antes de que sus corazones comiencen a interesarse, y algunas veces acaban yéndose igual que vinieron.

Pero el cristiano que está preparado porque guarda su corazón constantemente, entra inmediatamente y de todo corazón a sus tiempos con Dios; supera a su vecino perezoso y obtiene el primer atisbo de Cristo en los sermones, el primer sello de Cristo en un sacramento, la primera comunicación de gracia y amor en sus oraciones privadas. Si ha de haber algo valioso y que traiga consuelo en las ordenanzas y tiempos privados con Dios, observemos nuestro corazón y guardémoslo.

5. Un conocimiento de nuestro propio corazón nos proveerá de una fuente de motivos para la oración

La persona que es diligente al trabajar su corazón, tendrá un suministro rico de asuntos que presentar a Dios. No se verá confundida con una falta de pensamientos, ni a su lengua le faltarán expresiones.

6. La cosa más deseable del mundo, es decir, el avivamiento de la fe en un pueblo, puede efectuarse por medio de aquello a lo que estamos instando.

Oh, ¡Cuánto desearía ver el tiempo en el que la gente que dice ser cristiana no anduviese haciendo demostraciones vanas! ¡Un tiempo en el que no se sintiesen más contentos con ganar renombre para sus vidas, mientras están espiritualmente muertos! ¡Un tiempo en que no siguiesen siendo compañeros de personas vanas e infladas, sino que la santidad brillase en su conversación y asombrase al mundo! ¡Un tiempo en que su hablar produjese reverencia de todos los que les rodeasen, y les hiciese decir “Dios está en verdad en estas personas”!

¿Podemos esperar un tiempo así? ¡Hasta que trabajar el corazón se convierta en la ocupación de los que profesan ser creyentes, no espero ver tal bendición! ¿No es triste ver como la fe es despreciada y pisoteada, y los que la profesan son ridiculizados y menospreciados en el mundo? Aquellos que la profesan, ¿no recuperaremos su crédito? ¿No buscaremos obtener un testimonio honroso en la conciencia de nuestros mismos enemigos?

7. Mediante la diligencia en el cuidado de nuestros corazones podremos prevenir las ocasiones de escándalos fatales y piedras de tropiezo del mundo.

¡Ay del mundo por los tropiezos! Mantengamos un corazón fiel, y estaremos preparados para cualquier situación o servicio al que seamos llamados.

Este es el único llamado que nos prepara para ser útiles en cualquier situación, con él podemos soportar la prosperidad y la adversidad, podemos negarnos a nosotros mismos, y volvernos a cualquier mundo. Fue de esta manera que Pablo convirtió toda circunstancia en algo bueno, y se hizo a sí mismo tan útil. Cuando predicaba a otros, le proveyó para no ser arrastrado con ellos: él guardaba su corazón, y todo aquello en lo que destacaba parecía tener una conexión cercana con su diligencia a la hora de guardar su corazón.

8. Si el pueblo de Dios guardase sus corazones con diligencia, su compromiso unos con otros sería mucho más provechoso

Entonces se diría “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, Tus habitaciones, oh Israel!” Es la comunión que el pueblo de Dios tiene con el Padre y con el Hijo la que aviva los deseos de otros a tener comunión junto con ellos.

Si los creyentes se convencieran de pasar más tiempo y tomarse más molestias sobre sus corazones, habría pronto una divina excelencia en su conversación y otros considerarían que estar con ellos no es un privilegio pequeño. Son el orgullo, las pasiones, y lo terrenal que hay en nuestros corazones los que han arruinado el compañerismo cristiano.

¿Por qué es que cuando los cristianos se reúnen, con frecuencia están peleando y conteniendo, sino porque sus pasiones no están mortificadas? ¿De dónde vienen las censuras sin misericordia que hacen los cristianos de sus hermanos sino es de la ignorancia de ellos mismos? ¿Por qué son tan rígidos y tienen tan pocos sentimientos por los que han caído sino por el hecho de que no sienten sus propias debilidades e inclinaciones a la tentación? ¿Por qué es su conversación tan ligera e infructuosa cuando se reúnen, sino es porque sus corazones son terrenales y vanos?

Pero, si los cristianos estudiasen sus corazones más y los guardasen mejor, la hermosura y gloria de la comunión sería restaurada. No se dividirían más, ni pelearían más, pararían de censurarse con aspereza. Sus sentimientos serían buenos los unos hacia los otros si cada día se viesan humillados por el sentir de la maldad de su propio corazón.

9. Por último, guardemos nuestro corazón y entonces los consuelos del Espíritu y la influencia de todos los tiempos con Dios serán más firmes y duraderos de lo que son ahora.

¿Acaso nos parecen pequeños los consuelos de Dios? Tenemos razones para avergonzarnos por el hecho de que los tiempos con Dios tengan un efecto tan ligero y pasajero a la hora de avivarnos y consolarnos.

Lector, considera bien estos beneficios especiales de guardar el corazón. Examínalos ¿Se trata de asuntos sin importancia? ¿Es de poca importancia recibir ayuda para tu entendimiento? ¿Que tu alma que pelagra sea puesta a salvo? ¿Que sea probada tu sinceridad? ¿Que sea endulzada tu comunión con Dios? ¿Que tu corazón sea llenado de motivos para orar? ¿Es cosa pequeña tener el poder de la piedad y que todos los escándalos sean quitados? ¿Lo es conseguir una capacidad instrumental para servir a Cristo? ¿Que la comunión

de los santos sea restaurada a su primitiva gloria? ¿Que la influencia de los tiempos con Dios permanezca en el alma de los santos?

Si estas bendiciones no son comunes ni ordinarias, seguramente es un gran e indispensable deber guardar el corazón con toda diligencia. ¿Te sientes ahora inclinado a ocuparte de guardar tu corazón? ¿Estás resuelto a hacerlo?

Te encargo entonces que lo hagas con seriedad. Acaba con todo sentimiento de cobardía, y disponte a encontrar dificultades. Saca tu armadura de la Palabra de Dios. Deja que la palabra de Cristo more abundantemente en ti, y que sus mandamientos, promesas y advertencias se fijen en tu entendimiento, en tu memoria, tu conciencia y tus afectos. Debes aprender a empuñar la espada del Espíritu (que es la Palabra de Dios) con familiaridad, para defender tu corazón y vencer a tus enemigos.

Debes llamarte a cuentas con frecuencia, examínate como si estuvieses en presencia del Dios que todo lo ve. Trae tu conciencia, por así decirlo, a la mesa del juicio. Cuídate de entrar en demasiados negocios mundanos, de cómo practicas las reglas del mundo, y de cómo te aventuras a permitir tus inclinaciones depravadas. Debes ejercer la más completa vigilancia para descubrir y encargarte de los primeros síntomas de alejamiento de Dios, el menor declinar en espiritualidad, o la menor indisposición a la meditación contigo mismo y a la conversación y comunión santa con otros.

Debemos emprender estas cosas en las fuerzas de Cristo, con una resolución invencible al comenzarlas. Y si nos involucramos en esta gran obra, estemos seguros de que no gastaremos nuestras fuerzas en vano; consuelos que nunca habíamos sentido o pensado fluirán hacia nosotros desde todas partes. La búsqueda diligente de esta obra nos proveerá constantemente de la motivación más potente para vigilar y de un ardor para la vida de fe, mientras aumenta nuestra fe y agota a nuestros enemigos.

Y cuando hayamos guardado el corazón sobre toda cosa guardada durante un poco de tiempo, cuando hayamos luchado las batallas de esta guerra espiritual, ganado dominio sobre la corrupción interior, y derrotado a los enemigos de fuera, entonces Dios abrirá las puertas de los cielos sobre nosotros, y nos dará la porción que se promete a aquellos que vencieren.

Despertemos pues en este mismo instante. Pongamos el mundo bajo nuestros pies, no anhelemos las cosas que alguien pueda tener a la vez que pierde eternamente su alma, sino bendigamos a Dios porque podemos tener su servicio aquí, y después la gloria que Él asigna a sus elegidos.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (Hebreos 13:20-21)

Acerca del autor: John Flavel

Durante la plaga de Londres en 1665, unos cuantos amigos cristianos estaban congregados en oración en una casa privada en Convent Garden. Pero como era una reunión ilegal, los soldados irrumpieron con sus espadas desenvainadas y arrestaron a estos creyentes.

Fueron asignados a la prisión de Newgate, donde la pestilencia estaba haciendo estragos, y un viejo ministro de aquellas tierras, el Señor Richard Flavel, así como su esposa, contrajo la infección y ambos fueron liberados para morir. Su hijo mayor también era ministro en aquel tiempo.

Aunque no se había convertido en músico o poeta como su madre había esperado, su más noble vocación era su destino. Como ministro y autor, transmitió el eco gozoso del Evangelio a través de los oscuros reinados de Carlos y Jacobo II; y de todos los que cantaron canciones en ese tiempo oscuro, pocos encontraron oyentes tan dispuestos y agradecidos como John Flavel.

En 1656, cuando tenía unos veintiséis años, la gente de Dartmouth en Devon lo eligió como ministro. Yendo entre ellos por esta invitación, y con toda la frescura de sus afectos, él y los habitantes del lugar se apegaron ardientemente entre sí. Con su facultad para hacer felices ilustraciones, con un temperamento en que la alegría y solemnidad estaban mezcladas de manera notable, y con un estilo para dirigirse a las personas en las que la exhortación amistosa se alternaba con reprobación grave y una empatía que derretía excepto a los peores reprobados, su ministerio tenía una popularidad sin límites. Y cuando salía de casa, sus discursos arrebatadores y claros eran tan a menudo el medio para convertir a los oyentes, que se veía inducido a extender su trabajo mucho más allá de los límites de su congregación.

Este periodo en que se le permitió rendir ministerio libremente, fue breve. Expulsado por el Acta de Uniformidad, se esforzó durante algún tiempo por mantener juntos e instruir a los miembros de su rebaño. Pero los espías y las leyes penales hicieron que sus reuniones fuesen difíciles y peligrosas. Finalmente se promulgó el Acta de Oxford, y, de acuerdo con sus términos, el Sr. Flavel no podía seguir residiendo en Dartmouth. El día de su partida, los habitantes le acompañaron lejos hacia el camposanto de Townstall, donde entre oraciones y lágrimas, se separaron.

Sin embargo su corazón estaba aún con su muy amada congregación. Estableció su residencia tan cerca de ellos como la ley le permitía, a veces, en el mismo Dartmouth, otras en un tranquilo apartamento de una aldea vecina, y otras en una cabaña u otro lugar cubierto al aire libre, se esforzaba por encontrarse con un destacamento de ellos casi cada día de reposo.

Finalmente la indulgencia del rey Jacobo II permitió que su ministerio pudiese continuar libremente. Se abrió una casa de reunión y allí continuó advirtiendo, exhortando y consolando a todo el que venía durante el resto de su vida, con un fervor tal, que el recuerdo todavía sigue vivo en Devon. Sus oraciones eran maravillosas. Gran parte de su retiro fue empleado en ejercicios devocionales, y en la gran congregación en que estaba, a veces se veía atrapado en tales

agonías, o llevado por tal arrebató de alabanza y acción de gracias que parecía que fuese a perecer por el exceso de emoción.

A finales de junio de 1691, presidía en una reunión de los ministros inconformistas de Devonshire. El objeto era conseguir una unión de presbiterianos e independientes. Las resoluciones preliminares se aprobaron unánimemente, y “El Sr. Flavel cerró el trabajo del día con oración y alabanza, en la cual su espíritu fue llevado por un maravilloso ensanchamiento y afecto”. El día 26 escribió a un ministro de Londres un registro de esta reunión, y parecía muy feliz Pero esa misma tarde, fue atacado por una parálisis y pronto falleció.

No hay periodo de la historia de Inglaterra que haya sido tan fructífero en literatura religiosa como el medio siglo entre el comienzo de la Guerra Parlamentaria y la gloriosa Revolución, o, como podríamos decir, el periodo que incluye la carrera editorial de Richard Baxter.

Pero, entre tantos, hay pocos libros que retengan tanta atención de los lectores modernos como algunos de los tratados prácticos de Flavel, tales como *Guardando el corazón*. Su persistente popularidad, se debe indudablemente en algún grado a su tono amable, afable y sincero. Pero podemos suponer que también por la habilidad y felicidad con la que grandes asuntos de la mayor importancia son expuestos. Con el objetivo de ser útil, el mayor afán del escritor era que se le entendiese, y buscó las palabras y formas de presentar sus escritos que encajaran con los marineros de Dartmouth y Plymouth, y con los granjeros de Devon y Dorset.

Sus libros abundan en anécdotas, y son ricos en metáforas hogareñas e ingeniosas comparaciones que son un ingrediente efectivo en la oratoria popular. Por encima de todo, llaman la atención del lector, por la importancia de los temas que tratan, se aseguran de su confianza por la seriedad inafectada y la profunda sinceridad, y ganan su corazón, por la calidez evangélica y amabilidad personal con la que todos brillan.
